

EL PAN

DE LOS POBRES



REVISTA RELIGIOSA MENSUAL
BENDECIDA POR SU SANTIDAD LEÓN XIII

Año II

Bilbao 13 de Noviembre de 1897

Núm. 20



PAZ A LOS MUERTOS

—*—

UN año hace que leíamos este sentimental epígrafe en el número 8 de esta Revista Religiosa que con la devoción á San Antonio fomenta la piedad en favor de las almas del Purgatorio, y hoy ¡bendito sea Dios! tenemos la grata satisfacción de presentar ampliado este mismo lema á la consideración de nuestros lectores; porque deseamos vivamente que estas palabras resuenen siempre en sus oídos, para que llenen las caritativas aspiraciones de todos los pueblos del orbe, confirmadas y corroboradas por los justos deseos de nuestra madre la Iglesia Católica, que desde el Oriente al Occidente, desde el Septentrión al Mediodía manda á sus escogidos hijos que al concluir el rezo canónico terminen todas las horas pidiendo al Señor de los vivos y los muertos:

Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios, descansan en paz. Amén.

Si: esta breve y caritativa plegaria se ha pronunciado por los labios de la humanidad entera, como nos lo acredita la historia de todos los pueblos.

De los Persas, se lee en sus libros, como nos da testimonio Morín en su sabia disertación *sobre el uso de la oración por los muertos entre los paganos*, «que los hombres que mueren antes de haber sido enteramente purificados, sufren tormentos en la otra vida. La duración de sus tormentos es más ó menos larga, según la gravedad de los crímenes que tienen que expiar. Pero las purificaciones prescritas por la ley á los vivos son muy útiles para los muertos, cuando sus parientes ó sus amigos se someten en ellas á su intención.»

Y el exigir estas purificaciones á los vivos, ¿no vale tanto como pedirles *la Paz para los muertos?*

Esto aparece con más claridad en las enseñanzas que de sus sabios maestros recibían los griegos; pues Platón exhortaba á sus conciudadanos que á sus Dioses ofreciesen por los difuntos, con preferencia á los demás sacrificios, el llamado *Teleté*; porque con este, decía, quedaban purificadas las almas de los difuntos para poder pasar de las moradas de las penas á la *morada del descanso*.

Luego Platón con los sacrificios que se ofrecían á los Dioses pedía de los vivos que procurasen la *Paz para los muertos*.

¿Y no eran estos mismos los sentimientos que abrigaban sus émulos, los cultos romanos? Bien palmariamente nos lo demuestran las prácticas unánimemente seguidas en sus funerales. Después de sepultar con todo respeto los restos de los finados, invocaban para éstos el auxilio de los Dioses y espíritus tutelares con estas breves invocaciones: Espíritus celestiales, venid en su auxilio: *Adeste superi*. Que los Dioses te sean propicios: *Dii tibi bene faciant*. Os ruego, almas altísimas, que os dignéis proteger á mi pariente y le concedáis toda vuestra indulgencia: *Ita peto vos, manes sanctissimi, commendatum habeatis, meum conjugem et velitis illi indulgentissimi esse*.

Cuando el cadáver salía de la casa, y mucho más aún en el momento de colocarle en la sepultura, los parientes y todos los concurrentes exclamaban en alta voz y repetidas veces: «Valete: Valete!» Es decir: «Pasad á la región de la felicidad. ¡Paz á los muertos!»

Si con los muertos se conducían con tal piedad los pueblos paganos ¿á qué altura no había de rayar esta entre los cristianos, que se han distinguido principalmente por la caridad, según la expresión del divino Maestro: En esto conocerá el mundo que sois discípulos míos si es que os amáis los unos á los otros? (Joan—XIII—35). ¿Y cómo no han de practicar los buenos hijos las altísimas enseñanzas dadas por

aquella tierna Madre, representada en la viuda de Naín que llora ante el divino Redentor porque saque de la esclavitud en que gimen en el Purgatorio las almas que le son tan queridas?

Paz á los muertos nos enseña esta Maestra y columna de la verdad en los Epitafios que con caracteres indelebles ha consentido grabar en las losas sepulcrales.

¡Qué expresivas son las palabras que se leen en las Catacumbas de Roma! Recordémoslas. Ciertamente son unas breves oraciones por los difuntos. «Dios te reciba en paz, se lee en una de ellas: *Suscipiatur in páce*» — «Que Dios Omnipotente refrigere tu espíritu en Jesucristo», está esculpido en otra: *Deus omnipotens spiritum tuum refrigeret in Jesu-Christo*.

«¡Cuán pronto nos has dejado, oh Constanza, tú que tanta hermosura é inteligencia poseías! Vivió 18 años, 6 meses y días. Constanza descansa en paz.»

Paz á os muertos dicen las piedras, luego ¿qué han de decir los hombres?

Tarea interminable sería el aducir cuantos testimonios nos han legado los Santos Padres, testigos irrecusables de la tradición divina y de las santas y piadosas prácticas de nuestra madre la Iglesia católica. Así decía San Clemente Romano, segundo sucesor de San Pedro en el Pontificado: «En los funerales, el venerable Pontífice, acercándose al muerto pronuncia sobre él la oración sagrada. Por esa oración suplica á la divina clemencia se digne perdonar al difunto todos los pecados cometidos por consecuencia de la humana fragilidad y conducirle á la luz y región de los vivos: *eumque in luce statuat et regione vivorum*.» (Lib. VIII. Const. Apost.)»

Sobresalen entre los demás testimonios los que nos presentan el Águila de los Doctores entre los SS. PP. del Occidente, y el Padre de la Elocuencia entre los del Oriente.

San Agustín escribía: «Aún cuando en ninguna parte de los escritores antiguos encontremos que se hayan ofrecido sacrificios por los muertos, la autoridad de la Iglesia entera, que sigue esta costumbre, bastaría para adherirme á ella, porque la conmemoración de los difuntos ocupa un lugar en las oraciones que los sacerdotes ofrecen á Dios en sus altares. *In precibus sacerdotum, quæ Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet commendatio defunctorum*.» (De cura mort. cap. I.)

San Juan Crisóstomo: «No es llorando, dice, sino orando y haciendo limosnas, como podemos ser útiles á los muertos. No nos cansemos, pues, de prestarles socorro ofreciendo por ellos oraciones. No sin razón los apóstoles han establecido como ley que durante la celebración

de nuestros augustos misterios se debe hacer conmemoración de los muertos. Sabían que los difuntos sacan de esta práctica de los vivos grande ventaja y abundante provecho. *Sciunt enim multum illis contingere lucrum, utilitatem multam.* (Homil. XLI n. I ad Corint.)»

Paz á los muertos pide la Iglesia por boca de los Santos Padres y paz á los muertos nos manda pedir á los vivos cuando la Iglesia docente se ha reunido en concilios. Baste para confirmación de nuestro aserto lo que nos enseña en el Concilio ecuménico de Florencia sesión X donde dice: «¡Declaramos que las almas de los verdaderos penitentes muertos en la caridad de Dios, antes de haber hecho dignos frutos de penitencia para expiar sus pecados de omisión y comisión, son purificadas después de su muerte por las penas del Purgatorio; y reciben alivios de estas penas por los sufragios de los fieles vivos, como son el sacrificio de la Misa, las oraciones, las limosnas y las demás obras de piedad que los fieles hacen por los otros fieles, según las reglas de la Iglesia.»

¿Y no reclama *paz á los muertos* el Santo Concilio de Trento cuando decreta: Que las oraciones y las buenas obras de los vivos pueden ser útiles á los difuntos, aliviar y abreviar sus penas? ¿Y qué otra cosa nos dice al definir: Que el sacrificio de la Misa es propiciatorio, y que tiene por consiguiente la virtud de borrar los pecados y satisfacer á la justicia divina por los vivos y difuntos?

Que descansen en paz las almas de los fieles difuntos pide nuestra madre la Iglesia en todos sus libros litúrgicos, y desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días en el Pontifical y en el Breviario, en el libro para administrar los Santos Sacramentos y en el que prescribe los ritos y ceremonias para celebrar el augusto Sacrificio se expresan terminantemente nuestros deseos, que son los mismos que la tierna Madre eleva al Eterno Padre cuando en boca del Sacerdote dice:

«Acordáos también, Señor, de vuestros siervos, y de vuestras siervas N. y N. que nos precedieron con el signo de la fe, y duermen el sueño de la paz.... A los mismos Señor y á todos los que descansan en Cristo, os rogamos que les concedáis el lugar de refrigerio de luz y de paz.»

¿Y á qué hemos de aducir más pruebas en confirmación de nuestro aserto? Obremos, amados lectores, y no disertemos. Abierto está el tesoro de las misericordias divinas en favor de los muertos. Con ayunos y limosnas, con oraciones y sacrificios, con penitencias y perdón de las injurias, y con frecuencia de Sacramentos, que hagamos los vivos, podemos aliviar las penas que sufren las almas del Purgatorio y alcanzar la ansiada *Paz para los muertos*.

DR. MARCELINO NAVA DELGADO

Terciario Franciscano.

Noviembre de 1897.

EL DÍA DE LOS DIFUNTOS

CUADROS DEL NATURAL



I.

BELLÍSIMO es el palacio de los condes del Mirto; una verdadera maravilla que enorgullece á los vecinos de la ciudad.

En aquel suntuoso edificio se ve la inmensa fortuna que atesoran sus dueños y el esquisito gusto que para emplearla tienen.

Los forasteros que acuden á la población van en su mayor parte á deleitarse contemplando la espléndida riqueza que se ostenta en el palacio; pues si en su construcción tomaron parte los más afamados artífices nacionales y extranjeros, para el decorado acudieron los más hábiles artistas del mundo.

Allí, en la suntuosa morada orgullo de la ciudad, muere rodeado de todos los lujos mundanales, asistido por los médicos de más fama, pero sin un Crucifijo en la mano, sin un sacerdote que le absuelva, el ilustre conde, el poderoso personaje, el filántropo de más boga.

La conducción del cadáver fué una manifestación de duelo, según los periódicos de la localidad, los cuales, en rimbombantes artículos necrológicos, ensalzaron hasta las nubes las excelentes cualidades del finado conde, las cívicas virtudes que atesoraba, la fastuosidad en que vivía, la largueza con que sabía socorrer todas las necesidades.

El pueblo en masa lloraba amargamente la falta de aquel grande hombre, y nunca jamás lo olvidaría; pues si los altos perdían en él á un amigo sincero y leal, los humildes no volverían á encontrar un protector tan entusiasta y decidido.

Las coronas colocadas sobre el féretro eran innumerables, señal evidente del sentimiento general por la desgracia acaecida.

Así se expresaban los periódicos, y añadían la interminable lista de los que á la conducción asistieron, «rindiendo así el último tributo á la amistad».

Parece que ya no se puede hacer nada por el amigo después de dejarle en manos del enterrador.

El mausoleo en que fué depositado el cuerpo del conde era de lo más rico que puede verse; una obra que sirvió para dar renombre de artista á su autor.

II.

Han transcurrido unos cuantos meses, y la viuda y los hijos del conde, que no se atrevieron á dar al enfermo una desazón diciéndole que se preparara á bien morir, se afanan cuanto pueden, van de un lado á otro, escriben cartas y esquelas, mandan despachos telegráficos, recorren tiendas y almacenes, hacen acudir al palacio á multitud de gentes con muestras de ricas telas, de vistosas flores, de elegantes lámparas, y todo es movimiento y animación.

No se trata, sin embargo, de un baile, ni de un concierto, ni de ninguna de esas fiestas que llevan consigo ese ir y venir que se observa en la aristocrática morada.

Es que se acerca el día de los difuntos, del cual no se habían acordado hasta verlo próximo, y la familia del opulento prócer necesitaba quedar ante el mundo en el lugar correspondiente.

Era preciso adornar el panteón con el mayor lujo posible, de manera que toda la ciudad quedase asombrada, y para ello había tan poco tiempo que se necesitaba echar mano de todos los recursos.

Por eso acudieron al extranjero en demanda de coronas y otros objetos; por eso revolviéron todos los talleres y los almacenes y las tiendas de la población.

Al fin consiguieron lo que apetecían; pues nadie pudo forjarse en su mente tal preciosidad, quedando una vez más la familia del conde sobre todas las otras.

Es cierto que no se vió junto á la tumba á ninguno de los parientes del finado; pero la servidumbre estuvo en su puesto, cuidando de las lámparas y demás adornos.

La viuda y los hijos no tuvieron valor para acudir al lugar de los muertos... ni tampoco á la iglesia. Eran demasiado sensibles para eso, y se quedaron en casa á recibir las felicitaciones de los que recrearon su vista ante los ricos tapices y bellísimas coronas que adornaban el panteón del conde.

Así pudo ver éste, desde el sepulcro en que yacía, cuán intenso era el amor que su familia le profesaba.

Así pudo ver también el concepto en que ésta le tenía, pues no juzgaron necesario encargar una Misa ni rezar un *Pater noster* por su alma.

III.

Allá, en una aldehuela escondida entre montañas, lejos del bullicio de las ciudades, hay una casita, aislada de las demás que componen el pueblo.

La pobreza rayana con la miseria parece ser la señora de aquella

humildísima morada, en la cual sólo se vé lo puramente necesario para las más perentorias necesidades de la vida.

Ocupala una pobre viuda, que poco hace perdió con su marido el único sostén.

En el mundo nadie se ocupó en cantar alabanzas á los méritos y virtudes del pobre finado, y á su entierro sólo asistieron los vecinos de la aldea.

No hubo coronas en su modesto ataud; pero se elevaron al cielo humildes y sentidas plegarias.

La pobreza de la viuda no la consintió presentarse ante el mundo con el luto riguroso que demostrase el pesar de su alma por la pérdida del compañero de siempre; pero el corazón, sólo de Dios visto, manifestaba el dolor, reflejado también en su lloroso semblante.

Allá, en el humilísimo cementerio de la aldea, en la bendita tierra, fué depositado el cadáver, y sólo una sencilla cruz de madera indicaba el lugar en que descansaban los restos de aquel hombre, muerto sin pompa, sin lujo, como había vivido; pero teniendo entre sus manos la imagen de Jesucristo enclavado en el santo madero, y al lado de la pobre cama á un ministro del Señor que le confortaba y consolaba en tan terrible trance.

IV.

Cuando llegó el día en que la Iglesia celebra la conmemoración de los fieles difuntos, no se vió en la casa de la viuda ningún aparato extraordinario, ni en el sagrado lugar en que reposan los restos del que fué su esposo se notó nada de particular.

En cambio en la iglesia vióse alumbrado el cuadro de las benditas ánimas del Purgatorio, y el señor cura rezó varios responsos, y la santa Misa fué oída por la viuda con grandísima devoción, viéndosela también, aunque con lágrimas en los ojos, rezar un Padre nuestro, postrada de rodillas, ante la cruz que descansaba sobre la tumba de su esposo.

Nadie visitó á la viuda para felicitarla por el gusto artístico con que supo adornar el panteón, ni por las riquezas allí aglomeradas; pero hay quien asegura que aquella noche vió la pobre aldeana, en sueños, á su marido rodeado de ángeles, mientras la opulenta aristócrata contempló al suyo rodeado de llamas.

ENRIQUE DE OLEA.

Madrid, Noviembre de 1897.



EL CEMENTERIO, EL PURGATORIO Y LA OBRA EXPIATORIA



ESTE mes todos os hablarán del Purgatorio, hasta los periódicos liberales suelen dedicar un día á la memoria de los muertos; no es mucho por tanto que yo siguiendo esta costumbre, este mes con más empeño que otros quiera volver sobre el mismo tema.

Hace días fuí al cementerio y aquello estaba muy triste. Muy triste porque los cementerios siempre lo son y muy triste porque no había allí nadie.

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!!

dijo Becquer y es verdad. ¡Qué solos se quedan los muertos en los cementerios mientras sus cuerpos se pudren! ¡Qué solos se quedan los muertos en el Purgatorio mientras sus almas se purifican!

El cementerio es un libro. Los de las grandes poblaciones representan una edición de lujo muy costosa, los de los pueblos y aldeas están en rústica, se estropean antes, pero sus capítulos son los mismos. Cada tumba es un capítulo y si lo leyéramos, es decir si meditáramos sobre cada sepultura ¡cuántas cosas nos dirían! Aquí yace uno que fué poderoso y murió; más allá otro que fué humilde y también murió. Allí está enterrado quien fué rico junto al que vivió siempre en pobreza: los dos murieron. En un rincón quedan restos de la sepultura de uno de quien dicen que fué santo, y en un magnífico mausoleo enterraron á un hombre perverso. Es decir, que todos murieron, lo mismo el rico que el pobre, el poderoso que el humilde, el santo que el pecador. Esta es la síntesis del gran libro.

El pensamiento de la muerte es triste y yo me entristecía entre los muertos. Pensaba en mis amigos que han desaparecido, ¡cuántos son ya! De muchos de ellos no queda ni memoria. Recé por todos y salí.

Un violento repique de campanas me detuvo. Su tañer era animado y con todo no era alegre; anunciaba una desgracia: un incendio. Ardía una casita aislada y al llamamiento de la campana acudió todo el que pudo. Se formó un largo cordón de hombres, mujeres y niños, todos trabajaban y los valdes pasando de mano en mano alimentaban la homba. Cinco horas duró el trabajo y la casa se salvó; pudo más el agua que el fuego, y si al oscurecer no hubieran abandonado muchos sus puestos antes se hubiera extinguido el incendio.

Un incendio es la gran imagen del Purgatorio. Al anunciarnos la muerte de un amigo nos quieren decir como el repique de la campana

que anuncia el incendio:—Marchad presurosos que se quema un alma. Y si somos caritativos debemos ir al momento á ayudar á nuestro amigo ¡cuánto más si se trata de un padre, de un hijo, de un pariente! Acudiendo pronto todos, se forma fácilmente el cordón y unos tras otros irán cayendo los sufragios, como el agua de los valdes, sobre el alma que se quema y su fuego al fin se extinguirá. ¿No es esto cierto? No sólo cierto, sino de fe.

Pero sucede que los hombres se cansan pronto: pocos son los que aún siendo caritativos tienen constancia, y de ahí resulta que la memoria de los muertos desaparece y se encuentran muchas almas quemándose completamente abandonadas, sufriendo horribles tormentos sin que nadie se acuerde de ellas.

Esto es muy triste. Gracias que la negligencia de unos es en cierta manera suplida por la caridad de otros y los fundadores de la *Obra Expiatoria* pueden estar muy satisfechos. Su misión es la de normalizar el cordón y hacer que continuamente caigan los sufragios en el Purgatorio á fin de extinguir su incendio, y lo cierto es que lo van consiguiendo, pues la *Obra Expiatoria*, cuyo centro está en Madrid, va extendiéndose cada día más y más.

Hoy experimentamos una gran satisfacción al comunicar á nuestros lectores que llegan ya á 120 las Misas fundadas en la *Obra Expiatoria* á perpetuidad. ¿Puede darse obra de caridad más hermosa? ¿Con qué gratitud mirarán las pobrecitas almas abandonadas á sus bienhechoras y qué bendiciones no lograrán para ellas desde el cielo cuando se vean, gracias á esos perpetuos sufragios, libres de sus terribles penas! (1)

La persona que nos comunica tan consoladora noticia nos hace una observación muy oportuna.

La *Obra Expiatoria* es útil para todos. Para los vivos porque les adelanta sufragios y porque atrae sobre ellos las bendiciones del cielo, y para los muertos porque son los que inmediatamente la necesitan. Pero de todos los que resultan más favorecidos son aquellos que al morir no dejan sucesión, porque sus herederos por mucha gratitud que les deban nunca pueden tenerles el cariño de los hijos, y si los hijos se olvidan fácilmente de los padres ¡cuánto más se olvidarán aquellos que no tengan lazos de parentesco tan próximo!

A los que no tienen hijos les recomendamos, por caridad hacia ellos,

(1) Las 120 Misas se celebrarán en Madrid en las parroquias de San José, San Martín, San Luis, San Ildefonso, San Ginés, San Pascual, Sagrado Corazón y San Sebastián y en la Coruña, Salamanca, Guipúzcoa y Vizcaya, sabiendo de estos últimos puntos se han de celebrar algunas en Valmaseda y en el Santuario de Aránzazu.

En la tercera página de la cubierta pueden verse las bendiciones en que se puede inscribir y fundar Misas á perpetuidad en la *Obra Expiatoria*.

hagan algunas fundaciones á perpetuidad á su favor porque á su muerte se exponen á que no haya nadie que trate de aliviarlos si están en el Purgatorio. Pero esta indicación que directamente hacemos á los que no dejan tras de sí algo que en el cariño de los hijos les garantice sus oraciones, sirve para todos, y si no medidad estos tres puntos y vosotros me daréis la razón y quedaréis plenamente convencidos:

1.º ¿Me acuerdo yo de orar á diario por mis padres? ¿Mando celebrar misas por su eterno descanso? ¿Hago que se les apliquen indulgencias y otras clases de sufragios? Y si lo hago por mis padres. ¿Obro de la misma manera respecto de mis abuelos?

2.º Al no asegurarme por mí mismo los sufragios, ¿no me expongo á que mis hijos hagan conmigo lo que hago yo con mis padres, ó á que mis nietos me tengan tan en olvido como tengo yo á mis abuelos?

3.º Caso que mis hijos y mis nietos oren por mí con toda solicitud y con todo fervor, lo cual es mucho conceder, si no logro saldar durante su vida mi cuenta con Dios ¿quién se acordará después de sus días de ayudarme?

El negocio del Purgatorio es harto serio para mirarlo con la indiferencia con que lo miramos, y su duración puede ser muy larga puesto que en un día no es fácil responder de muchos años de pecados; no ha de parecer por tanto extraño que invite á todos á tomar sus precauciones.

ANTONIO MARÍA



POR LAS BENDITAS ÁNIMAS

CONTINÚA celebrándose la Misa diaria á las ocho, *los días laborables*, y á las siete y media, *los festivos* en el altar de San Antonio de Padua, parroquia de San Antonio Abad, á la intención de todos los suscriptores.

Además, durante el presente mes de Noviembre, se ofrecerá en el mismo Altar de San Antonio, el Santo Sacrificio por los que mueren en las campañas de Cuba y Filipinas. Esta Misa se celebrará á las siete y media todos los días, *excepto los festivos* que será á las siete de la mañana.



EPISODIO



(TRADUCCIÓN DE A. LAMARTINE)

I

EL no tuvo jamás sobre la tierra,
 á excepción de su mísero rebaño,
 más amigos que yo. Según costumbre,
 un día de San Juan, fusil al brazo,
 y á pie por el sendero conocido,
 de la áspera montaña y encorvando
 mi cuerpo la fatiga, á la morada
 del sacerdote dirigí mis pasos.
 Soñaba en el placer que aquella tarde
 yo había de sentir cuando mi mano
 golpeará su puerta y me sentara
 á un rincón de su hogar donde llameando
 ardía el arce: de su limpia mesa
 viera el blanco mantel, donde sus manos
 extendieran la fruta y largas horas
 con él pasara en deleitoso diálogo.
 De su insinuante voz me parecía
 el sonido escuchar trémulo y blando,
 ó ya, en vez de palabras cariñosas
 que busca á veces el amor en vano,
 sentir cómo su espíritu me hablaba
 todo él, en mudo y elocuente abrazo.

.
 Cuando trepé á la cima desde donde
 libre podía contemplarse el campo,
 y á lo lejos, oculto entre frutales,
 de su mansión veíase el tejado;
 sobre una roca gris de la montaña
 coloqué mi escopeta; y enjugando
 el sudor que corría por mi frente
 al viento de la tarde, breve rato
 contemplé su morada. Sorprendiome
 el no verle vagar de árbol en árbol
 con su negra sotana en esa hora
 en que libre, al destello del ocaso,
 solo y ajeno á la inquietud, leía
 su oración cotidiana en el breviario.
 Subió de punto mi ansiedad no viendo
 elevarse del techo solitario

el humo del hogar do tantas veces
vi difumarse su contorno vago.
Mas cuando ví cerrada su ventana
no sé qué sombra de pesar extraño
turbó mi corazón, como la brisa
turba el espejo del tranquilo lago,
y á un súbito terror obedeciendo,
tomé el camino acelerando el paso.

Inútil fué que con inquietos ojos
buscara á quien interrogar. El campo
desierto estaba en derredor; no había
cerca de allí pastores ni ganados.
Solo el mulo la yerba polvorienta
mordía al margen del camino; al lado
del surco seco la luciente reja
yacía sola; el grillo soterrado
con su canto monótono suplía
á los rumores tímidos y vagos
de las voces confusas que se elevan
de los valles á la hora del ocaso.
Llamé á la puerta, pero inútilmente,
ni el perro fiel me contestó ladrando
como otras veces... empujé el pestillo
y entré en el mudo y solitario patio.
Mas ¡ay! no estaba solo, de las gradas
que á la meseta rústica dan paso,
cual mendigo en el pórtico de un templo,
vi una negra figura que ocultando
su rostro en las rodillas, de un obscuro
velo cubierta, inmóvil y sin llanto
se ofrecía á mis ojos; convulsivo
y hondo temblor la estremecía á ratos
al subir con el mar de la congoja
un sollozo en el pecho mal guardado.
Yo adiviné la muerte en el emblema
de aquel mudo dolor, en el quebranto
de la pobre sirviente! — ¡Marta! dije,
¿es verdad? Levantóse, y enjugando
sus ojos con sus dedos, — ¡Ah, Dios mío;
demasiada verdad! Subid al cuarto,
Señor, si queréis verle; hasta la aurora
no ha de dárselle tierra. Su alma acaso
volará más en paz acompañada
de vuestro último adiós. Ya fatigado

por la muerte, hasta el último momento solamente de vos me estuvo hablando.
— «Marta, si Dios permite que yo muera le dirás que su amigo le ha dejado todo su bien.»— Señor, ved qué fortuna: su pobre perro y sus queridos pájaros... ¡su bien! El no tenerlo fué su gloria; todo él cabe en la tabla de un armario. Lo poco que tenía, sueldo á sueldo, pasó ya de las suyas á otras manos mientras duró su enfermedad; y todo, todo, Señor, hasta su vida ha dado. Débil ya, confesaba día y noche de tal modo, que á fuerza de trabajos ha ganado la muerte...— Sí, ¡y el cielo! dije, y al punto penetré en el cuarto do yacía el cadáver; de dos cirios los resplandores fúnebres y escasos en su pálida frente se mezclaban al purpúreo destello que el ocaso filtraba en las rendijas, como luchan en la breve agonía de los santos la noche tenebrosa de la muerte y la esperanza de esplendores castos.

II

Era dulce y tranquilo su semblante y aun parecía conservar su gesto la expresión de los éxtasis nacientes en que llegara á vislumbrar el cielo. Era aun visible en la fugaz sonrisa trazada apenas en sus labios secos, la dicha augusta, la quietud solemne que goza el alma al emprender su vuelo. En largos pliegues su sotana negra se destacaba sobre el blanco lienzo de su lecho mortuorio; un crucifijo sus brazos de marfil tenía abiertos sobre el mudo cadáver, cual amigo que de otro amigo fiel duerme en el seno. Y allí á los pies del amo á quien miraba con ojos tristes, vigilante el perro, con un sordo gemido respondía al más leve rumor, tal vez creyendo

de su pobre señor helado y mudo
 oír aun el fatigoso aliento.
 Cogiendo un ramo de laurel marchito
 que ví á la cabecera de su lecho,
 con el agua lustral formé tres veces
 el signo de la cruz sobre su cuerpo.
 Besé sus pies, sus manos, sus mejillas
 y aquella frente, donde estaba impreso
 un signo de elección... y entre los mudos
 y graves concurrentes tomé asiento.
 Allí, uniendo el sollozo á la plegaria,
 ahogando con las lágrimas mis rezos,
 pasé la noche, hasta que el nuevo día
 hirió mis ojos con sus rayos trémulos.

.....
 Junto al santo recinto de la iglesia
 y en un triste rincón del cementerio
 la fosa se cavó. Los campesinos
 uno á uno pasando junto al féretro,
 un puñado de tierra le arrojaban,
 llorando todos al pasar: al seco
 golpe que el ataúd repercutía,
 con un sollozo contestaban ellos.
 Cuando llegó mi vez... «¡Oh santo amigo,
 dije, reposa en paz! No es mi sereno
 corazón quien te llora, son mis ojos!
 Podrá cerrarse para siempre el hueco
 donde yaces dormido; de esa tumba
 sé que tu noble espíritu está lejos.
 Está donde encendieron las virtudes
 su pura llama, donde al raudó vuelo
 de sus hondos suspiros, subió un día
 batiendo alas de luz, el pensamiento,»
 dije...

Toda la tarde la campana
 con su tañido entristeció el desierto,
 dando al aire sus fúnebres clamores...
 mientras que con aullido lastimero,
 al dintel del hogar abandonado,
 llamaba á su señor el pobre perro...

FRANCISCO DE ITURRIBARRÍA, *Pbro.*



¡ MISEREMINI MEI!



EL Camposanto no es un *pueridero* de humanos cadáveres que debe estar allá lejos, muy lejos de la iglesia y de la población, á fin de que no seamos víctimas del contagio de sus malsanos miasmas; sino un lugar sagrado y un recinto anejo al templo de Dios. Nuestros padres y antepasados se arrodillaban en la iglesia sobre el sepulcro de sus allegados, y no por ésto experimentaron más epidemias que en nuestros días, ni dejaron de llegar á una longevidad proverbial. Como la memoria de la muerte es amarga al pecador, sólo el egoísmo materialista de los sabios á la moderna ha podido separar del altar nuestras sagradas tumbas.

Mas, sea de esto lo que se quiera; por más que la higiene moderna trate de alejar los Cementerios de las iglesias y de los pueblos, aún subsiste en nuestra España la santa y tradicional costumbre de visitar el Camposanto el día de *todos los fieles Difuntos*. Si, el día dos de Noviembre, por devoción, por curiosidad ó por una piedad natural, allá van personas de toda clase y condición: no faltan grupos de jóvenes y de muchachas poco escrupulosas que van hablando de cosas bien ajenas á la muerte y al sufragio de las benditas almas del Purgatorio; pero de todos modos allá van. Comprendo que en algunas partes se convierten los Cementerios en plazas públicas y que, sin respetar á las cenizas de los antepasados, se profanan lastimosamente tan sagrados recintos; pero en los pueblos verdaderamente católicos, aun esos que se acuerdan poco de las verdades eternas, apenas ponen sus plantas en el umbral del Camposanto, cambian súbitamente de impresiones, cesan las risas y las carcajadas, y los chistes mundanos se convierten en serias y graves reflexiones. ¿Qué es lo que les ha pasado? Han visto el término de sus locuras, placeres y vanidades, la sombra de la eternidad y la realidad de la muerte les han sorprendido, y les ha parecido que de cada tumba les dirigía los lastimeros ayes de *¡miseremini mei, miseremini mei!* ¡apiadáos de mí, apiadáos de mí, todos los que entráis aquí! Ya nadie se atreve á reír ni á discutir las verdades de *ultratumba*; descúbrense reverentemente, y después de rezar alguna plegaria por las afligidas almas, recorren los cuatro ángulos del Cementerio, fijanse en algunos panteones y sarcófagos, leen algunos epitafios y cenotafios y vuelven meditabundos y taciturnos al hogar doméstico. Pero ni aún en casa se pueden olvidar de tan imponente lección, y del pausado y triste clamoreo de las cam-

panas, de los negros paños y ornamentos del altar, de las pálidas llamas de los cirios del templo, de los responsos y absoluciones de los sacerdotes, de las calaveras descarnadas del Camposanto, del tremendo *Dies iræ*, del lúgubre *Requiem æternam*, de la llorosa despedida con el tierno *Requiescant in pace*, y de todo lo que han visto y oído aquel día, parece que salen las patéticas voces de *¡miseremini mei! ¡miseremini mei!* ¡apiadáos de mí! ¡apiadáos de mí!

Reflexionan un poco más sobre las verdades de ultratumba, y se convencen de que sus mismos cómplices en el pecado les piden socorro y ayuda, diciendo á cada uno de ellos al oído: «Por tí, mi mal amigo, por tí ofendí tanto á Dios; por tí blasfemé tantas veces y me aparté de las ideas sanas, abandonando las tradiciones de mis padres y suscribiéndome á los casinos, libros y periódicos de todos los colores; y ahora, aunque detesté todos los errores é hice una buena confesión de todos mis pecados, *crucior in hac flamma*, aquí estoy sufriendo la pena temporal. Sí; tú me enseñaste tantas y tantas cosas malas; por tí, mi mal amigo, por tí aprendí tantos cantares libres, tantas coplas deshonestas y tantas palabras escandalosas; por tí murmuré del prójimo y hasta de las personas sagradas, me burlé de las funciones y prácticas piadosas y frecuenté las diversiones mundanas; y ahora *crucior in hac flamma*, aquí estoy sufriendo los mayores tormentos. Era tu íntimo amigo y compañero, contigo anduve á la escuela, contigo me divertía y trabajaba, y por lo tanto no seas ahora tan cruel conmigo, ayúdame á salir de estas penas, *¡miserere mei, miserere mei!* ¡apiadate de mí, apiadate de mí!, pues por tu causa estoy sufriendo la mayor parte de estas acerbas penas.»

Y estos lastimeros ayes son interrumpidos por otros más tiernos: «¿Y no has de rogar por nosotros, exclaman los padres, por nosotros que tanto nos sacrificamos por tu buena educación y colocación? ¿no has de dar tu mano á los autores de tus días, que se hallan anegados en un mar de penas y fuego? ¡Ah, hijo mío!, le dice la madre, ¿cuántas veces no te he enjugado con la mayor ternura las lágrimas de tus ojos? ¿cuántas veces no te di lo que llevaba á mi boca y perdí el sueño y el descanso por consolarte? ¿cuántas veces no te apreté sobre mi corazón y te dí mil y mil besos de amor y cariño?; y ahora ¿te olvidarás de tu madre?; nó, hijo mío, nó; *miserere mei*, acuérdate en tus oraciones de tu madre que tanto sufrió por tí, de esta madre que tanto pidió á Dios por tu conversión y que tantas veces lloró por tu dicha eterna y temporal. ¡Hijo mío!, exclama el padre, ¿cuánto no sudé por alimentarte? ¿cuánto no gasté en darte la carrera y en colocarte en tan buen oficio y empleo?; y ahora ¿serás tan ingrato que dejes de cumplir mis lega-

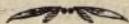
dos y mandas piadosas? ¿no oirás algunas misas por las almas de tus queridos padres?; sí, mi querido hijo, *miserere nostri*, apiádate de tus padres, y con tus plegarias, con tus limosnas y buenas obras libranos de las terribles penas del Purgatorio: por darte á tí demasiada libertad, por ser demasiado condescendientes contigo, nos hallamos aquí; *miserere nostri*.»

Y ¿qué será cuando á estos patéticos lamentos se juntan los de todas las almas del Purgatorio? ¿qué corazón será capaz de resistir á sus tiernas y angustiosas voces? «*Quando veniam*, dicen ellas con el real Profeta, *quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* ¿cuándo veremos la hermosa cara de nuestro Dios? ¿cuándo hablaremos con nuestra tierna madre María Santísima? ¿cuándo nos abrazaremos en el cielo con nuestros parientes y conocidos, con los ángeles y los santos? ¿cuándo, Dios mío, cuándo llegará este dichoso día?; hace días, meses y años que estamos mirando al cielo; *atenuati sunt oculi mei suspicientes in excelsum*, nuestros ojos están ya cansados de tanto mirar á la santa Sión, y para nosotros no aparece el Sol de justicia, el objeto de nuestros deseos y amores. Así, pues, príncipes y cortesanos de la patria celestial, *attollite portas*, tened compasión de nosotras, romped sus cerrojos y abridnos las puertas del cielo, para que cuanto antes veamos al Rey de la gloria: mas, ellos responden con una voz de justicia: nó, no os las abriremos, porque aún os resta mucho que purgar, y *non exies inde*, no saldréis de esa penosa cárcel hasta tanto que paguéis hasta el último cuadrante.» En vista de esto, las pobrecitas se dirigen á los bienhechores del mundo, y entre sollozos y suspiros se oyen los siguientes clamores: «*Miseremini mei*, apiadáos de mí, almas generosas; *miseremini mei*, apiadáos de mí, que soy el alma más abandonada del Purgatorio; de mí también, que me falta poco para salir de estas terribles llamas; y tampoco os olvidéis de mí, que no tengo padre ni madre ni pariente cercano en el mundo; y ¿no os acordaréis de mí, que soy de una familia pobre y miserable?; ¿y de mí, que soy de una familia poco rezadora y devota?; ¡ah! por lo ménos *miseremini mei*, apiadáos de mí, que fui muy devota de María Santísima; y también de mí, que fui muy caritativa con las benditas almas del Purgatorio. Sí, sí; *miseremini*, apiadáos de todas nosotras; ¡piedad! ¡piedad con nosotras! que estamos sufriendo las penas y los tormentos más grandes que imaginar se pueden en el mundo.»

¿No queréis hacer caso á estas lastimeras voces? Pues con la misma medida seréis medidos; ¿lo entendéis bien? Tal vez os pese algún día.

OCERIN-JAUREGUI Y B.

Noviembre 1897.



A M O



A fe sin esperanza es flor en estéril arenal, que aislada y azotada por el viento y agostada por el sol, ni exhala aromas, ni recrea el espíritu, ni se fecundiza y reproduce. Así como no se conciben esas dos virtudes separadas, no cabe existan sin el amor, que es su complemento: si cada una de ellas es una bellísima flor del alma, su conjunto forma el más admirable ramillete que, embalsamando cuanto le rodea, lo impregna de suavísima ambrosía. Creer y no esperar, es vivir en la tortura; tener fe y alimentar esperanzas, sin sentir amor, es simplemente un absurdo; no se concibe que un ser crea y espere, si no ama también.

Creer en Dios tiene que ser amar á Dios, puesto que si conocemos su poder ilimitado, presentimos su grandeza infinita y esperamos en su misericordia, es que anhelamos gozar de las dulzuras de ese bien supremo, que se reconcentra en el Señor; y aspirar á un ideal, y más si este ideal es la gloria y el bien sin fin, es desear poseerlo y ese deseo sólo se representa por el amor. Luego quien cree en Dios, quien en Él espera, lo ama y lo ama como se ama la dicha más ambicionada.

Y esas tres virtudes no sólo se completan, sino que la una es origen de la otra, de tal modo, que sin amor ni hay fe, ni se espera; sin fe ni se espera ni se ama y sin esperanza no puede amarse y apenas si cabe creer. Por eso, los Santos todos poseyeron, á la vez, todas ellas; como creían en Dios y conocían su bondad, lo amaban; y como sabían que ese amor conducía á Dios, esperaban en su misericordia; la fe les impulsaba á amar y el amor les abría las puertas de la esperanza en una gloriosa recompensa; así su espíritu, lleno siempre de esas dulces expansiones, marchaba tranquilo á la vida eterna.

Y en esas tres virtudes deben inspirarse los devotos de San Antonio de Padua, sea para imitar á su glorioso protector, aunque sea muy difícil, sea para corresponder, y esto sí que no sólo es posible, sino debido, á los favores que para ellos alcanza del Señor.

Creer firmemente en Dios equivale á creer en la eficacia de los Santos, intercediendo por los hombres; esperar en su misericordia es tanto como confiar en que las peticiones de los Santos sean atendidas, y amar á Dios y á sus semejantes, es saber ser agradecidos y corresponder á sus bondades.

San Antonio amó á los pobres, se desveló por ellos y desde el cielo les ampara y protege; pues amemos á los pobres, socorramos sus necesidades, busquemos los medios de aliviar sus pesares y tendre-

mos propicio á nuestro Redentor: que el amor á Dios, como expansivo y espiritual, al extenderse á los pobres, lejos de desviarse de su cauce natural, crece y se ensancha y parece más afecto al Señor, al converger hacia sus criaturas predilectas, los pobres, el sentimiento que nos impulsa á amarlos por amor de Dios.

Hoy que la fe vacila en los pueblos; que las muchedumbres ostigadas por la necesidad y desmoralizadas por doctrinas disolventes, que tienden á apartarlas de Dios, pueden caer en la impiedad y la desesperación ¿no es amar á Dios y dar pruebas de ese cariño, secundar y cooperar á las obras que, fundadas en la fe, dedican sus esfuerzos á aliviar la desgraciada situación de los infelices sin fortuna, ni medios de subsistencia?

Además: planteada con caracteres aterradores la gravísima guerra entre pobres y ricos; entre las clases poderosas y las desheredadas, ¿no es amar á Dios el buscar algo que, si no apaga por completo el odio de raza de esas clases, mitigue sus efectos, suavice enconos y se dirija á procurar establecer, por el amor, los lazos de armonía que jamás debieron de aflojarse?

En modesta y humilde esfera, que la virtud resalta más en la oscuridad que en el fausto y la grandeza, á eso tiende *El Pan de los Pobres*, obra de caridad, demostración de gratitud, ofrenda de amor realizada bajo los auspicios del Taumaturgo de Padua y que sintetiza el hermoso emblema de fe, esperanza y caridad.

Pedimos la gracia, porque la fe, que reside en el alma, nos enseña que sólo Dios puede otorgarla, y para inclinar más su bondadoso corazón, acudimos á San Antonio, rogándole sea nuestro embajador ante el Señor.

Confiamos en obtenerla, á pesar de nuestra perversidad é ingratitud, pues sabemos que el amor á sus criaturas inclina con suma facilidad al Señor á complacerlas, cuando se pide con humildad y sano propósito, y que si nuestra súplica la presenta San Antonio, recomendándola á la piedad divina, es bien seguro su éxito, si así nos conviene.

Agradecemos el favor alcanzado; satisfacemos algo, poco, casi nada, de la deuda contraída con Dios y el glorioso mediador, depositando una pequeña limosna, un óbolo para el pobre; ofrenda que llevará el pan á un hogar triste, y que si en sí nada vale, significa y representa mucho, como expresión de amor y de reconocimiento, y porque unida á las otras puede aliviar y aliviar las necesidades de los desgraciados.

En esa Obra del *Pan de los Pobres* deben aprender los incrédulos y enemigos de nuestra sacrosanta Religión, cómo ésta sabe anuar el sentimiento que nos guía á Dios con el amor á la desgracia; de qué

modo tan sencillo como expresivo, al rendir homenaje de respeto al Señor postrándonos á sus plantas é implorando sus bondades, hacemos un bien á nuestros semejantes; el cristiano, siendo humilde, es compasivo; doblando su rodilla ante el Supremo Creador, extiende su mano benéfica al pobre, y al cumplir su palabra, paga á Dios lo ofrecido y favorece al desgraciado. ¡Sublime enseñanza! Con un sólo acto satisface sus deberes para con el Altísimo y para con sus semejantes; que nos citen los impíos algo, no ya igual y de tan bellos resultados, sino que se les asemeje en lo más mínimo.

Adelante, pues, sin vacilaciones ni inconvenientes; á pedir al glorioso San Antonio cuantas gracias necesitéis, pues se complacerá en ello, ya que esas súplicas son cánticos de alabanza al Señor: á fomentar el *Pan de los Pobres*, que cada limosna depositada en los cepillos enjuga una lágrima, ahorra una pena y produce una oración de quien recibe el beneficio, oración que al elevarse al Señor en acción de gracias, cede á la vez en bien del donante, premiando así su buena obra.

ARÍSTIDES DE ARTIÑANO.

Barcelona, Noviembre 1897.



RICO TESORO



(CUENTO FANTÁSTICO)

I.

Tabique por medio, juntos
en sus lechos cinerarios,
envueltos en los sudarios
enterraron dos difuntos.

Un día temblor ignoto
produjo sordo crujido,
y con fatídico ruido
el tabique cayó roto.

Ambos muertos despertaron,
y, las feas calaveras
volviendo, sus cuencas hueras
de hito en hito se clavaron.

—¿Quién ha turbado mi sueño?

—Deja que igual te demande.

—Que soy un magnate, un Grande!...

—Y yo un mendigo, un pequeño.

—Mi noble alcurnia encumbrada...

—Permíteme que me ría;
¿qué hay de tu tumba á la mía?
un poco de barro... nada.

—¡Que así á un magnate un mendigo
trate con toscos modales!...

—Todos somos aquí iguales
en estos reinos, amigo.

—Mi nombre guarda la Historia;
fué mi esclava la fortuna.

—Yo no tengo historia alguna
ni há de admirarme tu gloria.

—Mira arriba: ¿qué te enseña
mi epitafio?

—¡Insensatez!
si grande es mi pequeñez,
tu grandeza es bien pequeña.

—¡Escrito en oro: «Aquí yace
el Muy Noble, prez y brillo...!»

—Mi epitafio es más sencillo,
dice: *Requiescat in pace.*

—Honor, placer... una orgía
fué mi existencia en el suelo.

—Pues yo viví sin anhelo
con mi pan de cada día.

—De flores y cintas llena
verás mi urna funeraria.

—No me falte una plegaria
de un alma sencilla y buena.

—Ya verás hoy de qué suerte
me honra estirpe esclarecida.

—El que tuvo honrada vida
no quiere honras en la muerte.

—¿Quién más rico que yo ha sido?

—Tal vez yo... ¡véte á saber!

—Fué muy grande mi poder.

—Pues bien poco te ha valido.

—¿Y aún osas hablarme así,
andrajoso pordiosero?

—No te enfades, compañero..!

—¡Yo compañero de tí?

—Bien se ve; si en pobre caja
pudro mis restos humanos,
sucio montón de gusanos
cubre tu rica mortaja!

Polvo los dos, cieno inundo,
de muerto á muerto... vá cero,
Conque... ¡á dormir, compañero!
¡á esperar el fin del mundo!

—¡Miserable!...

—Me es igual;

con todo tu señorío
serás compañero mío
siempre, hasta el Juicio final.

—¡Qué humillación!

—Duerme en calma;

quién sea más de los dos,
lo veremos cuando Dios
nos vuelve á enviar el alma.

II.

De pronto, pasos inciertos
se oyeron sobre las losas,
y ambos muertos en sus fosas
se callaron... como muertos.

Negro esclavo con primor
cuelga corona esplendente,
que está diciendo á la gente:
«¡Aquí yace un gran señor!»

Cabe la hoya del mendigo
póstrase humilde de hinojos,
vertiendo llanto los ojos,
un pobre, del muerto amigo.

Y mientras desaparecía
el siervo del potentado,
el pobre, allí arrodillado,
sollozando así decía:

«¡Amigo del corazón!
bendígate el alto Cielo,
cual se lo pide el anhelo
de mi ferviente oración.

No corona, esta flor lacia
te traigo,... no tengo cobre,...
pues de ser, como tú, pobre
tengo la inmensa desgracia.»

—¡Desgracia?—lejano acento
por la esfera retumbó,
y de súbito rasgó
luz brillantísima el viento.

Y, cual si fuera un conjuro,

las blancas losas se alzaron,
y las dos tumbas mostraron
su fondo helado y obscuro.
¡Extraña visión!.. Horrible
salta un monstruo envuelto en fuego,
y glorioso surge luego
un varón, bello, apacible.

El vivo, absorto, vacila,
preso de gozo y de pena:
que si el placer le enajena,
tan gran terror le aniquila.

Y escucha, mudo testigo,
esta doble exclamación:
—¡Yo soy el rico Epulón!
—¡Yo soy Lázaro, el mendigo!

III.

Tan sublime visión desvanecida,
salió el vivo gritando: «¿Qué es el oro?
La pobreza de Lázaro es tesoro,
¡tesoro eterno para eterna vida!»

ANTONIO DE LA CUESTA Y SÁINZ.



NADA DE PARTICULAR



(CONCLUSIÓN)

III



—¿Qué lío!—exclamó el Marquesito de Vivas haciendo una ridícula mueca de pasmo con cejas y hocico y girando rápidamente sobre un pie, no bien arrancó el coche de la Zambras y quedaron solos los hombres. Y repitió por dos veces:—¡Qué lío!
—¡Vaya un conflicto!—dijo Guadiana con muestras de gran pesadumbre.—¿Qué hacer ahora?

—¿Qué hacer?—repuso *Lusignan*.—Dejarlo rodar. La lástima es que ese mala cabeza de Trillo no haya completado su información diciéndonos dónde era el lance. De fijo se planta allí la intrépida Lagares y... ¡tableau!

—¡El duelo interrumpido de Garnelo!—añadió Alfredo Moriscos.
—¡Qué lío! Qué lío!—volvió á decir el ocurrente Marquesito.

—Pero, señores,—observó D. Ludovico—eso ha sido horrible: ¡un verdadero crimen!... Soltar la noticia así de pronto, como un escopetazo...

—Y justamente delante de las dos!

—Bah!—dijo Alfredo.—¡Delante de una! La Zambras tiene hígados para eso y mucho más. Ya ven ustedes qué fresca se ha quedado!

—¡Qué fresca!... Y ¿porqué nó?—preguntó atónito D. Ludovico.—Pues Matilde ¿qué tiene que ver...

Miráronle fijamente los otros interlocutores con expresión de asombro; miráronse luego mutuamente, y

—Ah! nada, nada!—contestó con gran seriedad Alfredo. Y añadió:

—Diga V., Guadiana: ¿cuando V. nació, le trajeron de París de Francia?

—Nó, de un nido—dijo *Lusignan* muy fresco.

El Marquesito de Vivas, haciendo otra pirueta sobre un pie, chilló con admirable gracejo:

—¡Qué lío! ¡Qué lío!

Eran las cinco de la mañana.

IV

Cruzaba entonces la calle de Alcalá en dirección á la iglesia de San José el P. Sánchez, tan embozado en el manto y tan calado el sombrero de teja que no se le veía ni pizca de cara. Sin embargo, entre el borde del uno y el ala del otro quedaba un resquicio por donde los ojos del Padre veían; y así vió un coche que pasó delante de él con tres señoras, de las cuales una, la asomada al vidrio, le pareció Rosarito Elche.

—Vaya un madrugón!—se dijo el Padre.—No los pido yo tales los días de comunión, y sin embargo se me contesta que es imposible venir á la iglesia antes de las nueve de la mañana. Bueno: quizás no sea madrugón, sino trasnochada, pero de un modo ó de otro, me huele á aventura jaranera. Y ¡viva la alegría!, que aquí está luego el P. Sánchez para perdonar pecadillos... ¡Sea todo por Dios!

¡Quién le diría al P. Sánchez lo lejos que andaba de la alegría en aquel instante la Marquesa de Lagares! Congojas de muerte la dominaban; revolviase inquieta dentro del coche, como enfermo calenturiento en la cama; ya cambiaba de asiento, ya reclinaba la espalda, ya se asomaba á las portezuelas sin objeto; retorció entre las manos el finísimo pañuelo, ó se lo llevaba á la boca; abría los labios para decir algo, balbuceaba y las palabras se convertían en suspiros. Al pasar por el Veloz, y viendo á la puerta de él á un mozo con librea, mandó parar el coche, é hizo señas al mozo de que se acercara.

—El Marqués de Lagares ¿á qué hora ha salido de aquí?

—No lo puedo decir á la señora.

—Y... ese otro señor... americano?

—No lo puedo decir...

Sin que se terminara la respuesta, dió orden la Condesa de que siguiera el coche y volviéndose á Rosario la dijo:

—Estás loca, muchacha... ¡Qué aturdida! ¡Vaya una inconveniencia!

—¡Dios mío! ...¡Dios mío!—gimió la infeliz.

La Baronesa que se veía en situación algo embarazosa como de extraño en visita de pésame, juzgó que ya era ocasión de pronunciar algunas palabras de consuelo, si no para consolar á la doliente, al menos para estar en carácter, y así comenzó á decir:

—Mira, hija. cálmate... Tú te forjas ahí no se qué atrocidades... Estos duelos en general son una mojiganga, pura pamema... Se baten los hombres por el bien parecer sin el menor ánimo de tocarse al pelo de la ropa... ¡Dos tiritos al aire y se acabó!

—Eso,—prosiguió la Zambras—suponiendo que haya duelo, que bien pudiera ser todo ello un camelo del borrachín de Pepe... Mujer, ese duelo no tiene trazas de verosímil; tu marido ¿á qué santo había de batirse con ese otro individuo?

—¿Quién es él?—preguntó Rosario.

—¡Vete á saberlo!—respondió la Condesa en tono de broma.—¡El Americano! ¡Hay tantos americanos en Madrid....! ¡si hasta parece apodo de chalán!

En esto se detuvo el coche ante la casa de Lagares. Saltó en tierra la Marquesa, ofreciéronse las otras sin mucha insistencia á hacerla compañía, no lo aceptó ella, volvieron á recomendarla que tuviese juicio, calma, y á augurar que lo del lance, al fin, no sería nada, se despidieron, y la Condesa dió al cochero las señas de la de Gomecello.

Las dos ilustres viudas se miraron... La Baronesa rompió el silencio y aproximándose á su amiga:

—Tienes razón—dijo severamente;—¡parece apodo de chalán!

—¿Por qué, mujer?—contestó Matilde con indiferencia.

—¿No ves ahora claro lo que te dije?...

—¡Psch! Un hombre puede batirse por mil otros motivos... ¡Y más con Lagares!... ¿Iba Lageres á olvidarse tan pronto de su mujer?...

Entretanto, Rosario que subía apresuradamente la escalera de su casa, tuvo que detenerse en un peldaño y apoyarse en la baranda; se le doblaban las piernas y latía el corazón con terrible golpeteo. Un supremo esfuerzo de reo subiendo al patíbulo, y cuando casi desvanecida se halló en el rellano de su piso, antes de que llamase, vió abrirse la puerta, como si detrás de ella le estuvieran aguardando, y oyó una voz que entre cariñosa y enfadada, la decía:

—¡Perfectamente, señora! ¡Me gusta! ¡Muy buenas horas para retirarse!

¡Él, su marido! La pobre mujer sofocó un grito, dió un paso tambaleándose y cayó en brazos de él, rompiendo á llorar á mares.

—Rosario, ¿qué es esto? ¿Qué significa?—dijo Lagares procurando disfrazar con un exagerado asombro su propia emoción.

Ella no respondió, sino desprendiéndose bruscamente corrió á su habitación. Siguióla su marido, sentóse á su lado, la acarició y ella nada: llorar... llorar... Harto comprendía él que aquel llanto no era signo de dolor, antes bien, de alegría y confortante desahogo de una emoción pasada y, sin embargo, repitió más de una vez aquello de: «¿Qué es esto? ¿Qué significa?» y aun se alargó á preguntar con vivísimo interés:

—¿Estás mala? ¿Te duele algo?

Cuando Rosario se serenó un poco, pudo al fin pronunciar algunas palabras entrecortadas:

—De modo que... ¿no es verdad?

—Que... no es verdad, ¿qué?—respondió él completamente desconcertado y turbado.

Entonces refirió ella todo lo sucedido. Oyéndolo, el Marqués salió de su turbación y tuvo tiempo de formar una nueva composición de lugar. Estuvo en el Ministerio, donde tardó bastante más de lo que pensaba; luego se encontró con N. N., á quien hacía mucho tiempo que no había visto; fuéronse al Casino y charlando, charlando, se les pasó el tiempo sin sentir, de tal modo que cuando se acordó ya era pleno día; echó á correr á la Embajada, pero al llegar á ella, ya había terminado el baile; entonces se vino á casa. Por cierto que le chocó mucho que su mujer no hubiera venido aún; hasta se alarmó... ¡sí, señor! ¿Dónde podría andar Rosario á tales horas? Decidió esperarla sin acostarse, y esperándola se pasó muchísimo tiempo y preparó un lindo sermón para la esposa que así sacaba los pies de las alforjas...

Ella le pidió perdón confesándose culpable de aquella falta, y mucho más culpable de haber dado crédito á la atroz imputación del duelo... ¡Jesús! ¡su marido batirse!

Él la perdonó magnánimo, procurando de paso tranquilizarla respecto al segundo pecado que no era, no, tan horrible como ella se imaginaba. Al fin no tiene mucho de particular eso de batirse... Hay casos, circunstancias... No, no es que él lo hiciera, pero...

No quedó el Marqués muy tranquilo después de aquellas explicaciones. ¡Era mucho atraso de ideas el de su mujer en punto al duelo! ¡Resabio de provinciana!

V

Al salir Catalina con su madre á misa de las Calatravas iba más contenta que pájaro en primavera, porque de paso veía al adorado dueño de su corazón; á la vuelta llevaba una cara achubascada que daba miedo, porque el susodicho dueño no había tenido á bien dejarse ver. Sin duda seguía enfermo. Con tan infausto motivo la joven almorzó sin apetito; ocurriósele luego tener siesta y salió de ella de más negro humor; púsose al piano á garrapatear *La Sonnámula* y lo dejó al minuto y medio; pidió vestirse y riñó con la doncella y la llamó «gallega;»

cuando ya estuvo vestida declaró que había cambiado de opinión, que ya no la placía salir.

—¡Pues saldré yo sola!—dijo la madre incomodada.—No sé qué mala yerba has pisado hoy; ¡estás insoportable!

Y fuése la buena señora y la hija quedó á solas con su herrinche. No sabiendo cómo desfogarlo y pareciéndola estrecho espacio para él el de las paredes de la casa, pronto pesó á la joven de no haber acompañado á su madre juiciosamente al Retiro, donde con el oreo, de seguro se hubiesen templado sus nervios. En fin, como no sólo en el paseo de coches del Retiro ejerce el aire su acción sedativa, tuvo Catalina el buen acuerdo de salir á tomarlo al balcón. ¡Santo remedio y ojalá antes lo hubiera aplicado! Desapareció la excitación como con la mano, se disipó el mal humor, y vino á sustituirle una apacible melancolía con puntos de romántica, favorecida por la ocasión de la hora, que era la de la puesta del sol. Dístraida de los mil ruidos de la calle que confundidos y mezclados llegaban á su oído como uno solo semejante en lo monótono al rumor de una presa de molino ó al del mar á lo lejos, deleitándose con las fragantes emanaciones de nardos y claveles que el aire la traía, mirando absorta al lejano horizonte, quedóse como traspuesta sin ver, ni pensar, ni sentir nada. Así no reparó en un coche que se detenía á la puerta de casa, ni vió apearse de él á su hermana Rosario, ni la oyó llamar al timbre ni la sintió hasta que la tuvo al lado y la oyó decir:

—¡Qué pensativa, pichona! Ya me ha dicho el portero que mamá ha salido sola. ¿Cómo no la has acompañado?

—No tenía ganas—respondió Catalina con dulzura, retirándose del balcón.—Y tú, ¿vuelves tan pronto del Retiro?

—No vuelvo; iba. Pero te he visto en el balcón y he subido á charlar. ¡Rabiaba por ello! ¡Tengo tanto que contarte!... ¡Si supieras, hija, si supieras las cosas de esta mañana!...

—¡Ah! es verdad... ¿Qué tal los encantos de la mañanita de San Juan?

—¡Para regalárselos al mayor enemigo! Figúrate...

Aquí comenzó Rosario á contar *c* por *b* todo lo que nosotros ya conocemos de antes, cargando la mano con verdadero rencor en la pintura de las abominaciones de Pepe Trillo... que era como cargarla en el mango de un puñal puesto sobre el pecho de Catalina, según el daño que la hizo. Quedóse aturdida de dolor como si de pronto se derrumbara la casa, cayendo ella envuelta entre los escombros: derrumbamiento hubo, sí, y lo fué el de sus ilusiones rosadas. Ni una palabra ni un quejido; sólo una horrible expresión de sufrimiento en el rostro desencajado dió á entender el destrozo producido en el alma de la cuitada. Rosario tardó en advertirlo; cuando se dió cuenta de su obra, quedó asustada.

—Vida mía, ¿qué tienes?... ¡Jesús, qué imprudente he sido!... No hagas caso: perdóname...

—No, no; has hecho bien!—dijo Catalina afectando serenidad.—Más vale saberlo y tarde ó temprano lo hubiera sabido...

—Sí, pero de otro modo. He estado torpe...

—De cualquier modo me dolería... porque... porque... ¡le quería mucho!—balbuceó ahogándose, al mismo tiempo que reventaban sus ojos en lágrimas.

Llorando seguía cuando poco después volvió de pasear su madre acompañada de la Zambras. Fuéese aquella derechamente á su cuarto á mudarse, mientras la otra entrando en el gabinete donde estaban sus sobrinas se acercó á ellas casi á tientas (porque ya había oscurecido), diciendo:

—¿Qué hacéis á oscuras, muchachas?

Y en seguida, mientras besaba á la mayor, la dijo al oído:

—¿Ves, tontina, ves cómo no ha sido nada? Fórmula, pura fórmula...

—¿Fórmula!—repitió Rosario con extrañeza.

—Ó poco menos,—siguió la Condesa besando á la otra, que se había secado apresuradamente las lágrimas.—El chirlo del contrario no entra en cuenta para tí. Y ya puedes agradecer á tu marido su amorosa solitud. Puso por condición que el duelo fuera muy temprano, y en cuanto se ha terminado ha echado á correr para llegar pronto á casa y evitarte la alarma...

—¡No es verdad nada de eso!—exclamó la de Lagares con energía.—No es verdad: Enrique no se ha batido!

La Condesa se quedó de una pieza ante aquella negación rotunda. Todo su ingenio no la sirvió de nada para componer una salida oportuna, y sólo se le ocurrió decir con todo el disimulo de una colegiala de diez años:

—Hija... creí... me habían dicho...

—¡Pues mienten!—contestó Rosario con voz trémula de coraje y mirando arrogante á la de Zambras como si la desafiara y en ella á todos los calumniadores de su marido.

Quien la viera entonces en tal actitud y pudiera verla más tarde cuando entró en su berlina y se encontró en ella á solas, se haría cruces de asombro, reputándola por actriz más admirable que cuantas han pisado escena fingiendo ajenos dolores para hacer llorar ó escondiendo los propios para hacer reir. Fué como si se quitara una careta dejando al descubierto el rostro, y aun éste, con aparecer hosco y sombrío, era también careta del alma: tan lejos estaba de expresar su amargura, su dolor, su desolación.

Por el contrario, el Marqués de Lagares estaba muy alegre.

—Has paseado?—preguntó á su mujer al sentarse á la mesa los dos solos, y sin aguardar la respuesta, comenzó á decir:—Yo he estado en los toros. Por cierto que ha habido *hule*. Un pobre banderillero... al salir de un par ha caído al suelo no sé cómo; el toro ha hecho por él

y... una cogida aparatosisima! Una herida en el pecho y otra en el vientre, mortal de necesidad... Ha habido que darle la Unción.

El Marqués siguió picando de uno y otro asunto de conversación. Rosario no despegaba los labios, apenas probaba bocado y de vez en cuando miraba á su marido como á hurtadillas.

—¡Estás seria, mujer!—dijo él, al fin.

Tampoco obtuvo respuesta. Entonces comenzó á alarmarse y dejó de hablar, y la miró varias veces con cierto encogimiento y timidez.

La comida siguió y terminó como si fuera de Cartujos. Al fin de ella, el Marqués osó preguntar á su mujer:

—No sales?

—No—respondió ella.

—Pues me quedaré á hacerte compañía. Pero, hija, —añadió sentándose á su lado,—habla algo... ponte alegre...

Rosario le miró fijamente y haciendo un esfuerzo, le dijo con aire de dolorosa resignación:

—¿Á qué andar en fingimientos, Enrique? Lo sé todo... Me has engañado. Si lo has hecho con el fin de ahorrarme un mal rato, te lo agradezco; pero...

—¡Bien, pues sí!—interrumpió él, irguiéndose de pronto como para sacudir de sí aquella actitud humilde que, en su concepto, le rebajaba ante su mujer.—¡Pues sí! me he batido, y ¿qué? Me he visto obligado á ello. ¡No sé á qué vienen esos aspavientos!... Si has de vivir en sociedad has de acostumbrarte á estas y mayores cosas. Y en último caso, estoy sano y salvo; á tí ¿qué te importa lo demás?

—Ah! no me importa? Peor fuera, sí, mil veces, que te hubiesen traído á casa herido... ¡ó muerto! ¡qué horror! pero ¡te parece de poca gravedad!...

—Ya sé,—interrumpió él.—Quieres decirme que estoy excomulgado. Puede ser; no lo discuto; pero por encima de esas mojigaterías está mi honor...

—¡Tu honor...!—Y ¿qué sé yo—exclamó Rosario con ímpetu—si lo que tú llamas tu honor es lo contrario de ello? ¿Qué sé yo si te has expuesto á morir en duelo... por otra mujer?

Dijolo Rosario como lo sentía; sin creerlo ella, quizás sin sospecharlo, sólo como una cosa posible; pero de tal modo se inmutó el Marqués al oirlo, de tan extraña manera respondió:

—Yo... nó!—que fué para ella como una luz, como una revelación de lo completo de su desgracia.

No habló más; se levantó, arrojó sobre su marido una indefinible mirada, mezcla de sinceridad y de lástima, y se retiró andando pausadamente.

VI

—Padre Sánchez, á V. le atenderán más que á mí. Convéznale V. á

Catalina de que es una locura lo que hace... ¡Ya vé V., renunciar á un partido tan bueno!... Y por qué? Por una tontería, por una travesura de joven que no tiene nada de particular...

—Nada; no, señora—dijo muy sério el Padre.

—Claro está! Todos se lo decimos, su tía Matilde, yo... Pues ella terne que terne. ¡Es tan niña la pobre! No tiene mundo!—Y á la otra ¡por Dios y todos los Santos! quítela V. de la cabeza lo que quiere hacer! Dejar á su marido é irse al pueblo, á Palencia, á enterrarse allí en vida... ¡Ya ve V. qué campanada! Y por qué? Porque se ha batido! Una cosa que no tiene nada de particular...

—Absolutamente nada.

—Lo dice V. con un retintín!... Nó, ya sé que es pecado, pero entre caballeros está tan admitido...

—Y ¿por qué fué el duelo, señora?—preguntó el Padre con inefable simplicidad.

—Sí... es cierto—dijo la de Elche, poniéndose triste—pero desgraciadamente se ve tanto de eso en Madrid...! No es que yo quiera disculpar... pero el mundo juzga á su modo, y si va V. preguntando verá usted que nadie se asombra, que á nadie choca...

—Vamos, que no tiene nada de particular... ¿no es esc?

—Justamente!

—¡Usted sí que es particular, señora, V. sí que es particular!—exclamó el P. Sánchez mirándola con curiosidad casi científica, como un entomólogo mira un bicho de especie desconocida.

J. M. ARROITA-JÁUREGUI.



ORIGEN DE LA OBRA *EL PAN DE LOS POBRES*

EL BREVIARIO DE APT



NA obra que en tan pocos años ha adquirido las gigantescas proporciones que la Obra del *Pan de los Pobres* tiene, pues apenas hay rincón en el mundo donde sea desconocida, no podía menos de excitar la curiosidad de los aficionados á conocer el origen y la causa de todas las cosas. Desde un principio el R. P. Marie Antoine (capuchino) gran propagandista de la devoción á San Antonio, y Mr. Etienne Jouve, cronista de la Arrière-Boutique, atribuyeron su origen al insignificante hecho acaecido á Mlle. Bouffier al tratar de

abrir la puerta de su almacén y que ya es conocido de nuestros lectores. Pero un efecto tan estupendo no podía obedecer á una causa tan pequeña, y los aficionados á estudiarlo y á saberlo todo se dieron á buscar para la Obra del *Pan de los Pobres* un origen más antiguo y más noble que el que le atribuían sus ilustres y primeros propagadores.

El R. P. Fr. Barthélemy de Bionville reclamó para las grutas de Brive el honor de ser cuna de la Obra. Los artículos que publicó en su Revista *Echos des Grottes* llevaron juntamente con el descubrimiento del manuscrito de Apt el convencimiento al ánimo del R. P. Théodore, religioso recoleto del convento de Maçon, que expuso libremente su criterio en el Congreso de las Tres Ordenes franciscanas celebrado en Limoges del 4 al 8 de Agosto de 1895. Pero ante los brillantes ataques de Mr. Etienne Jouve en sus *Annales de L'Arrière-Boutique de Saint Antoine* y la franca declaración de los PP. Recoletos de la calle de Puteaux de París en la Revista *La Tribune de Saint Antoine*, que se declararon francamente partidarios de la Trastienda de Toulon, hubo de caer por tierra la aserción del P. Barthélemy, que declaró paladinamente en la *Revue Franciscaine* de Bordeaux no haber tenido noticia de la Obra hasta que el año 1893 unos peregrinos le entregaron una limosna para los pobres en acción de gracias de un gran favor recibido por mediación de San Antonio. Es decir, que el P. Barthélemy no conoció la Obra hasta tres años después de su nacimiento.

Descartado el origen de la Obra en Brive, Dom Locatelli, canónigo de Padua, entusiasta y celosísimo de todas las obras antonianas y fundador de la Asociación Universal y de la Cruzada de San Antonio, reclamó para Padua el honor de ser allí donde la Obra hubiera nacido, declarando que ésta era conocida desde los tiempos más remotos y adjudicándole como origen el hecho de la resurrección de un niño después que su madre hubo prometido á San Antonio dar á los pobres una medida de trigo de un peso igual al peso del niño. Nada de extraño tenía, antes al contrario, era muy excusable y honraba á Dom Locatelli su deseo de engrandecer bajo todos conceptos á Padua; pero sus declaraciones en el *Bulletin de l'Association Universelle* no hubieran sido tomadas en consideración si no hubiera venido en su ayuda el descubrimiento hecho por M. l'Abbé P. de Terris, director de la *Semaine Religieuse d'Avignon*, el cual encontró en Apt (Vaucluse) un breviarío de los primeros años del siglo XIV (con bastante mala letra cursiva) que hace detallada mención de una costumbre que se practicaba en otros tiempos en Apt: la bendición del trigo invocando á San Antonio.

Dice así Mr. Terris:

«A continuación de la bendición del trigo destinado á la siembra, se

lee en el breviario Aptiense una bendición más curiosa aun: *Benedictio ad pondus pueri*, que nos hace conocer una costumbre del tiempo.

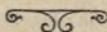
»Las familias que querían atraer las bendiciones celestiales sobre un niño, y al mismo tiempo contribuir al alivio de los pobres del buen Dios, daban á un establecimiento de caridad un peso de trigo igual al peso mismo del niño al que se atribuía la buena obra y que debía sacar su provecho espiritual. Esa buena obra se hacía en honor de San Antonio. Hé aquí la traducción de esta bendición:

«Por la intercesión de los méritos y de las oraciones de nuestro Padre San Antonio, Señor Jesucristo, pedimos humildemente á vuestra misericordia que queráis guardar de todo mal, herpes, peste, epidemia, mortalidad y fiebre pernicioso á vuestro siervo aquí presente, que en vuestro nombre y en honor de nuestro bienaventurado Padre San Antonio pone en la balanza una cantidad de trigo igual al peso de su cuerpo, para el alivio de los pobres enfermos que yacen en vuestro hospital. Quered conservarle largos años y permitid que llegue á la tarde de la vida, y por los méritos y sufragios del Santo que invocamos hacedle llegar á vuestra santa y eternal herencia, guardadle y preservadle de todos sus enemigos. Vos que siendo Dios vivís y reináis por los siglos de los siglos. *Amén.*»

»O yo me engaño completamente, concluye Mr. l'Abbé de Terris, ó hé aquí, por este texto de nuestros Archivos Aptienses, *perentoriamente* demostrado que la práctica del Pan de San Antonio es vieja con seiscientos años de existencia.»

Veamos si el bueno de l'Abbé de Terris se equivocaba.

(Se continuará).



BIOGRAFÍAS

El Rmo. P. Luis Lauer

DESPUÉS de la unión de las cuatro familias franciscanas, el 4 de Octubre, día del gran Patriarca San Francisco de Asis, fué nombrado Ministro General de la Orden de Frailes Menores el Rmo. P. Fray Luis Lauer, nacido en Fulda (Alemania) en 1833. Siendo muy joven, ingresó en la Seráfica Religión y pronto se distinguió por su apasionado amor á la Orden y á la más pura observancia regular. Fué primeramente Maestro de novicios y después por mucho tiempo Superior de la Custodia seráfica de Fulda, hasta que en la época infausta de Kultur-

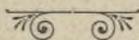
kampf, para no ser arrestado por los perseguidores de la religión, tuvo que fugarse de noche, primeramente á Bélgica y después á Francia, donde fundó el convento de Epinal. Su actividad á favor de la Orden no fué disminuída por la revolución, y de Francia fué mandado al Norte América de Visitador general, y pudo fundar varios conventos y parroquias. En 1880 fué electo Definidor General, y hasta 1889, en que fué electo Procurador General de los Recoletos y Alcantarinos, visitó por delegación del General Portu Romatino varias provincias de la Orden. En 1893 para llevar á cabo la tan deseada unión de las ramas franciscanas, fué nombrado Presidente de la Comisión para la única legislación de la Orden Franciscana. Después de tantos méritos, se retiró á su convento de Fulda y vivía entregado á todas las austeridades de la Orden en calidad de simple súbdito, cuando ha sido nombrado Ministro General de los Frailes Menores. Además de ser un hombre eminente en virtud y ciencia, es entusiasta de las doctrinas del venerable Dr. Sutil Escoto, Maestro de la Escuela Franciscana. Tal es el Ministro General de los Franciscanos que ha tomado á su cargo el gobierno de 16.000 súbditos.

El Rmo. P. Luis de Parma

El antecesor del Rmo. P. Lauer en el gobierno de la Orden franciscana ha sido el Rmo. P. Luis de Parma. Además de haberse portado bien cuando la persecución de las Ordenes religiosas en Italia y de haber sido escritor y orador notable, fué Ministro Provincial de Bolonia, cuando el 3 de Octubre de 1889 fué elegido Ministro General. El discurso que pronunció en pleno capítulo sobre la Inmaculada Concepción, llamó la atención en todo el mundo y revelaba, además de un sabio, ser un discípulo fiel de su Maestro el venerable Escoto. Las determinaciones que tomó sobre el Colegio de San Antonio de Roma, sobre las misiones franciscanas y sobre la unión de la Orden le hicieron inmortal, y el Emmo. Cardenal Vanutelli no tuvo reparo en decirle delante de todos los Definidores Generales *que su nombre, el nombre del P. Luis de Parma pasará glorioso á los anales de la Orden, como el nombre de un benemérito Prelado y de un digno hijo de San Francisco.*

Pero aun tiene más glorias. Ningún General de la Orden franciscana había visitado la Custodia de Tierra Santa, y el P. Luis de Parma fué, después de San Francisco, el primero que, arrostrando toda clase de peligros y sacrificios, recorrió los Santos Lugares de Palestina é hizo tanto bien á la Orden. A su regreso fué entre Jerusalén y Jafa víctima de la persecución musulmana y masónica, pues, volcando maliciosamente el vehículo que le conducía, cayó á un profundo hoyo ó barranco, donde humanamente hubiera sucumbido; pero el buen hijo de San Francisco acudió al milagroso San Antonio y salió del barranco con

admiración de todos los circunstantes sin lesión ni contusión alguna. Agradecido á tan visible y singular beneficio, fundó la *Pia-Unión de San Antonio*, y á él se debe en gran parte el movimiento antoniano que hoy se nota en todo el orbe. Ha publicado *Le Pèlerin* que corren rumores de que el P. Luis de Parma será nombrado cardenal; todo es poco para este hombre tan benemérito, y sólo en el cielo podrá ser recompensado debidamente.



MUERTE EDIFICANTE

PARA enseñanza de los descreídos y santa emulación de los buenos, queremos presentar, como edificante ejemplo, la muerte que ha tenido un honrado obrero de esta villa.

Cierto es el antiguo adagio: *Sicut vita, finis ita*; según es la vida así es la muerte.

Fué siempre un hombre honrado, de fe sencilla y fervorosa, trabajador, buen esposo, y amante cuanto celoso educador de sus hijos en las ideas y prácticas religiosas.

Pertenecía á la asociación del *Patronato de Obreros*, y hallaba singular gozo en repartir hojas y libros de sanas lecturas entre sus amigos para proporcionarles el medio de vivir en paz en este mundo, lejos de la agitación que proporcionan á los alucionados las desastrosas ideas revolucionarias envenenándoles el alma.

Conforme con su suerte y con la esperanza siempre puesta en la Providencia Divina, corrió este valle de lágrimas lleno de esa alegría fruto del bien obrar, que endulza todos los sinsabores y reveses; y supo (y esto es lo principal, pues todo es efímero y pasajero en este mundo) adquirir la ciencia de bien morir preparándose con una vida ejemplar.

Víctima de mortal enfermedad, cayó postrado en cama. Notando él mismo que el fin de la existencia se avecinaba, elevaba su espíritu á Dios con tal afecto y santa resignación que los Señores de las Conferencias de San Vicente de Paul, que le visitaban, en vez de tener alientos para animarle y consolarle en el estado en que se encontraba, hallaban tantos motivos de edificante proceder, que enmudecían pasmados al admirar tanta fe y tan tiernísimos afectos.

Quiso el demonio tentar la acrisolada fe del buen obrero, por medio de vecinos entregados al error, los cuales pretendieron disuadirle de lo cerca que estaba su muerte, pretendiendo hacerle testigo de la próxima revolución social en contra de las ideas religiosas. Trabajaron para que

se resistiese, como *espíritu fuerte*, á recibir los Santos Sacramentos y los consejos de la Religión; pero el honrado obrero se resistió valientemente, y arrojándose de lleno en los paternales brazos del Dios de las Misericordias se preparó con todo fervor para el postrer momento.

Uno de los Señores de la Conferencia de San Vicente de Paul, que visitaba al enfermo, le entregó una estatuita de metal, imagen de San Antonio de Padua.

El fervoroso obrero la estrechó en su diestra mano, atándola, para no abandonarla, con una cinta.

Y era de admirar la singular confianza con que invocaba al Seráfico Paduano, dirigiéndole eternecidas frases y encendidos afectos!

Cuando algún acceso de fatiga pretendía sofocarle, entonces el honrado obrero estrechaba la imagen del Santo contra su pecho y clavaba en ella los ojos con inefable expresión de ciega y vivísima fe.

Conocía al enfermo que el postrer momento se acercaba y después de encomendar á Dios por mediación de la Virgen y San Antonio el cuidado de su amada familia, llamó á su esposa y le dijo: Reza un Padre-nuestro á San Antonio para que me dé una buena muerte.

Momentos más tarde espiraba tranquilamente tan ejemplar obrero.
¡Sabio es el que sabe morir bien!



RECOMENDACIONES (1)



Alcudia de Carlet.—Genaro Contel; á sus padres, hermanos, padre político, y demás de su obligación.

Arechavaleta.—Matilde Ollaquingui; á su hermano, y demás de su obligación.

Aranjuez.—Anastasio Maria Misol; á su padre, y demás de su obligación.

Ataun.—Francisca Ibarrolaburu; á su padre, hermanos, tíos, y demás de su obligación.

Ayala.—Manuel de Ugarte; á sus padres Manuel y Josefa Zubiaga, y demás de su obligación.

Bilbao.—Claudia de Echevarria; á sus padres, y á Concepción Elejaga.—Piedad Lejarza; á sus padres, y demás de su obligación.—Hermenegildo Echeandia; á sus padres, y demás de su obligación.—Agustina de Monasterio; á su esposo, padres, hermanos, y demás de su obligación.—Nicolás Fernández; á Maximino Fernández Navajas, Francisco Pascual Andrés, Francisco Pavia Martínez, Josefa Pavia Martínez, Jacoba Pascual Pavia, Lucía Pascual Pavia, y demás de su obligación.—Isabel Ispizua; á su esposo Gregorio Fidalgo, padre político, y demás de su obligación.

(1) Algunas personas, al acercarse á nuestra redacción para insertar las recomendaciones de las almas de sus difuntos, venían en la creencia de que era preciso satisfacer alguna cantidad por la inserción.

No es así; basta ser suscriptor de esta Revista, para que sean publicadas dichas recomendaciones.

Carrión de los Condes.—Celestino Bahillo; á Antonio López Jofre de Villegas, y demás de su obligación.—Félix Merino Revuelta; á sus padres Simeón y Flora, tíos, hermanos, y demás de su obligación.

Elorrio.—Juan de Echevarría; á su padre Juan Domingo, y demás de su obligación.

Erandio.—Eladía Astorquia; á su padre, hermano, y demás de su obligación.

Lequeitio.—Lucacia de Bengoechea; á sus padres, y demás de su obligación.—Agustina de Echevarría; á sus padres, y demás de su obligación.—Joaquina de Echevarría; á todos los de su mayor obligación.—Francisca Urrea; á sus padres políticos, y demás de su obligación.—Aquilina de Bengoechea; á los de su mayor obligación.—Modesta Alegría; á sus difuntos.—Juan Bautista de Zabala, Pbro., á sus padres, y demás de su obligación.—Julián de Garamendi; á sus padres, y demás de su obligación.—Mauricia Asúa; á sus padres, y demás de su obligación.—Pedro de Arratibel; á sus difuntos.—Jacinta Cruzalegui; á todos los de su obligación.—Bernabé de Zabala; á todos los de su mayor obligación.—Teodora Iturbe; á los de su obligación.—Dámaso de Goicochea; á sus padres, y demás de su obligación.—Nicolás de Echevarrieta; á sus difuntos.—Antonia Barbarias; á sus parientes.—Juana María Itza; á sus difuntos.—Francisco de Epalza; á todos los de su mayor obligación.

Madrid.—Excm. Sra. Marquesa Viuda de la Romana; al Sr. Marqués de los Velez, y demás de su obligación.

Ochandiano.—Marcelina Axpe; á Domingo de Arrese, José Manuel de Ochandiano, María Agustina Basáñez, y demás de su obligación.

Provencio.—Eufemia de la Osa; á sus hijos Polonio y Enrique, padres, hermanos, padres políticos, sobrino, y demás de su obligación.

Santiago.—Un suscriptor; á María de la Asunción Boch y Moreno, y demás de su obligación.

Santurce.—Dolores Iza; á sus padres, abuelos, y demás de su obligación.

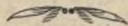
Sestao.—Hilarión Azcoaga y Echave; á su padre, hermanos, y demás de su obligación.—Francisco Sopelana; á su padre Francisco, abuelos, y demás de su obligación.—Clemencia Goicochea; á su padre, abuelos, hermana, y demás de su obligación.—Narciso Gastelu; á su padre, y demás de su obligación.—Tomas Martínez; á sus abuelos, padre político Lorenzo Verano, y demás de su obligación.—Regina Nicolasa; á sus padres, hija, hermanos, y demás de su obligación.—Gervasio Larrazábal; á su madre, padre político, y demás de su obligación.—Pedro Lerma; á sus padres, y demás de su obligación.

Toro.—Filomena Diaz de la Riva; á su esposo Fermin Enriquez Sánchez, y demás de su obligación.

Torrente.—Juan Torán; á su esposa Beatriz Casanova, y demás de su obligación.

Vich.—Amelia Pons de R; á Miguel Pons, Dolores Cunill, Cristina Rocafiguera, y demás de su obligación.

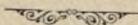
Vitoria.—Martina Capelástegui; á su esposo Gabriel Beitia, hijo, hermanos, y demás de su obligación.



A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES

El día 13 del próximo Diciembre termina la subscripción anual á nuestra Revista EL PAN DE LOS POBRES.

Lo advertimos á nuestros subscriptores para que, si gustan, renueven oportunamente la subscripción, y de este modo no se interrumpa la marcha de la Administración, ni el envío de la Revista.



SUBSCRIPCIÓN PERMANENTE

PARA LA CELEBRACIÓN DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA
EN SUFRAGIO DE LAS BENDITAS ALMAS DEL PURGATORIO
DESTINÁNDOSE LOS ESTIPENDIOS Á SACERDOTES POBRES

Recaudación del mes de Octubre

- ALCUDIA DE CARLET: Genaro Contel, pesetas 4.
 AMPUERO: Filomena Trujeda, pesetas 2.
 AZCOITIA: Por un buen acierto en un asunto, pesetas 15.
 BILBAO: Una devota de San Antonio, pesetas 5.—Por haber obtenido buena nota en los exámenes, 0,50.—Por una gracia obtenida, 2.—Una devota, 5.—Hermenegildo Echeandía, 1.—J. A., 5.—F. A., 25.—Un devoto del Santo Paduano, 7,50.—F. de S., por las almas abandonadas que carecen de sufragios, 2.—L. B., en sufragio de las almas abandonadas, 2.—En una papeleta depositada en los cepillos de Bilbao, 300.—Por cobrar una cuenta, 1.—J. B., 18.—M. N. F., 5.—A. A., 0,25.—Por un favor obtenido, 2.—Id. id., 2.—Isabel Ispizua, 5.—S. A., 54.—E. S., 1.—Los tres hermanos M., 0,75.—F. N., 0,25.—Por gracias obtenidas, 29.
 GORDEJUELA: Una devota, pesetas 0,10.
 HUESCA: G. M., por una gracia obtenida, pesetas 1,10.
 LAREDO: Una devota, pesetas 5.
 LAZCANO: Catalina Elósegui, pesetas 4.
 LEGANÉS: Viuda de Martínez, pesetas 2.
 LEQUEITIO: E. G., pesetas 2.
 LEZO: María Zapiain, pesetas 2.
 MOTRICO: Visitación Alcalde, pesetas 0,35.
 OCHANDIANO: Juan de Arrieta, pesetas 2.—Marcelina Axpe, 2.
 ONTANEDA: Teresa Gómez, pesetas 2.—Antonia Riancho, 2.
 PLENCIA: R. L., pesetas 0,10.—A. U., 0,10.
 SALAMANCA: Fernando A. Pérez, pesetas 15.
 SANTURCE: Una devota, pesetas 0,50.
 SAN SEBASTIÁN: Isabel Arzuaga, viuda de Fornies, pesetas 6.
 TAPIA: Baldomero Pérez y Martínez, pesetas 1.
 TOLOSA: Ascensión de Gurruchaga, pesetas 0,50.—Juana de Iriarte, 1.
 VERA: Eduvigis de Aguirre, pesetas 2,50.—Anastasia de Goicoechea, 2,50.
 VICH: Amelia Pons de R., pesetas 2.
 Total recaudado, pesetas 550.

Distribución

Se han remitido al Illmo. Sr. Obispo de Lugo pesetas 276 para 138 Misas, y al Illmo. Sr. Obispo del Burgo de Osma pesetas 274 para 137 Misas que celebrarán sacerdotes pobres, mediante la limosna de 2 pesetas.



GRACIAS OBTENIDAS

En Bilbao.—Copiamos algunas de las papeletas depositadas desde el 28 de Septiembre hasta el 26 de Octubre de 1897:

—Te pedimos que si estaba sana nuestra hija para el día del Santísimo Rosario, te entregáramos 2 pesetas; y como así nos lo has concedido, depositamos nuestra pequeña ofrenda.

—Os doy las más expresivas gracias por los favores singularísimos que os dignáis concederme, en especial en el negocio que tengo puesto bajo vuestra protección y que indudablemente por vuestro favor especialísimo llega ya á su término, y espero que con vuestra asistencia resultará favorable.

Os ruego os dignéis concedérmelo; y cumpliendo lo que os tengo prometido, os entrego las pesetas 57,70 que esta vez os corresponden por la participación que lleváis conmigo en el negocio á que antes me refiero.

Vuestro muy agradecido devoto.

—Te doy las más expresivas gracias por haberme sanado de la enfermedad de la boca, y en agradecimiento te entrego una peseta que te ofrecí. Deseo se publique para mayor gloria de Dios y honra del Santo Taumaturgo.

—Te pedí la gracia de que mi esposo, que padece del estómago, no tuviera que ir este año á las aguas, y como se hallaba bastante aliviado ha podido pasar sin ir al establecimiento, por lo que nos hemos librado de algunos gastos. Te entrego cuatro reales para el pan de tus pobres, y te ruego, Santo glorioso, nos sigas asistiendo.

—Se me ha quitado la sordera y estoy completamente bien. Muy agradecida por el favor, entrego los 30 reales que te ofrecí. Quisiera lo publiquen en la Revista EL PAN DE LOS POBRES.

—Ofrecí 2 pesetas si cesaba un escándalo, lo que me ha costado muchos disgustos. Principié los 13 martes, y al sexto martes cesó por completo el escándalo. Te doy lo ofrecido y las gracias.

—Os doy una peseta porque mi padre ha salido bien en un negocio.

—Un devoto de San Antonio da las gracias al Santo y entrega dos pesetas para el pan de los pobres, por haber salido ileso de un gran peligro en que se encontró, invocando en aquel momento al Santo bendito.

—Os entrego las cinco pesetas que os prometí si curabais á mi hijo de un catarro intestinal; hoy está completamente bueno.

Os doy las más rendidas gracias, deseando conste este favor en la Revista.

—Por haberme ido bien en el negocio que puse bajo tu protección, deposito las dos pesetas.

—Depositó cinco pesetas para el pan de vuestros pobres, y otras cinco pesetas para una Misa en sufragio de las ánimas benditas, que deseo se celebre en vuestro altar y con luminaria, pues me habéis concedido que mi esposo se libre de un compromiso. Os doy muchísimas gracias y espero nos remediareís en todas nuestras necesidades espirituales y temporales.

—Gracias os doy por la brillante nota que os pedí; os entrego 50 céntimos para el pan de los pobres y otros 50 para las benditas ánimas del Purgatorio. Deseo que se publique en la Revista.

—Te entrego la peseta ofrecida por mi mamá por concederle una gracia especial, pues de otra manera se hubieran perjudicado mucho

sus intereses. Como ella no sabe escribir, me encarga lo haga público y te dé un millón de gracias, Santo bendito.

—Pedí al glorioso San Antonio que mi marido, que fué á Filipinas de soldado voluntario, me asignase una cantidad para poder alimentarnos mi hijo y yo, y que si alcanzaba este favor daría 5 pesetas para el pan. Hice la petición el 26 de Junio y he conseguido la gracia el 25 de Septiembre.

—Te doy las cinco pesetas que te ofrecí y las gracias, porque se ha puesto bien mi hijo de las calenturas gástricas.

—Te doy una peseta para pan de tus pobres, por haberme concedido la gracia de hallar una talma que se me había perdido. Deseo se publique esta gracia conforme ofrecí.

—Te doy las más expresivas gracias y la peseta que te ofrecí, porque me concediste la gracia de sacarme de apuros y de deudas. Estoy muy agradecida por tantos favores; sigue protegiéndome, San Antonio, en todas mis necesidades.

—Al echar de menos una cantidad de alguna consideración, mi esposa y yo hicimos un minucioso registro en todos los libros y papeles que había en mi casa, sin que nos fuese posible dar con lo que buscábamos. Preocupadísimo con esta pérdida, y en medio de mis apuros me acordé de San Antonio y fui á la iglesia á impetrar la protección del Santo, ofreciendo dos pesetas de limosna para los pobres. Por la tarde del mismo día mi esposa dió con la cantidad perdida en un sitio donde menos se esperaba encontrarla. En acción de gracias doy las dos pesetas ofrecidas.

—Te doy gracias porque le has curado el pie á mi hijo.

—Te entrego las dos pesetas que prometí para el pan de los pobres, por haberme librado el hijo del servicio militar.

—Te ofrecí verbalmente, si cobraba una cuenta, dar dos pesetas para el pan de los pobres, y una más en sufragio de las benditas ánimas; y como ya lo he conseguido, cumplo hoy la oferta.

—Estando mi hijo gravemente enfermo y sin esperanzas de salvarle, acudí al glorioso San Antonio rogándole de todo corazón que sanase á mi hijo. El Santo escuchó mi súplica y á las pocas horas tuvo mi hijo mejoría, salvándose de su enfermedad. Entrego la cantidad prometida: 2 pesetas para el pan de los pobres, 2 pesetas para la luz de San Antonio y otra peseta porque mi hijo padecía de mal de ojos y hoy se encuentra sano. Por todo te doy un sin número de gracias á San Antonio.

—Mi hijo estaba sin trabajo y pedí á San Antonio que le ayudase. Pronto encontró colocación. Entrego las tres pesetas ofrecidas.

—Os entrego los 20 reales que os ofrecí porque me habéis conseguido que yo tomara estado en el mes que os señalé. Además deposito dos pesetas para una Misa á las benditas ánimas en acción de gracias.

—Deposito 5 pesetas que prometí hace un año si San Antonio me ayudaba en un nuevo negocio que emprendí. Me ha salido bien.

—Tenía una nube en un ojo enfermo, y en cuanto invoqué la protección de San Antonio, conseguí una rápida curación.

—Una familia que en días angustiosos acudió á San Antonio, ofreció para el pan de los pobres varias limosnas, obtuvo de los favores pedidos uno muy especial; otro, piadosamente pensando, cree que también lo obtuvo, y esperando alcanzar el tercero dió las limosnas ofrecidas; mas no consiguió el tercer favor, pues murió la enferma por cuya salud pedía.

Como la expresada familia ofreció publicar el hecho en la Revista EL PAN DE LOS POBRES, cumple lo ofrecido dando gracias al Santo por

los dos favores alcanzados, por los que ha dado su limosna, y por el no obtenido ofrece su resignación y cristiana conformidad, fundada en la creencia de que así le habrá convenido cuando el Santo no se la ha otorgado.

En Málaga.—Hacia bastante tiempo que mi esposo padecía del estómago, y no encontrando alivio con nada, ofrecí á San Antonio 5 pesetas para el pan de los pobres si le ponía bueno. Ya está completamente bien y le mando lo ofrecido, dando un millón de gracias al santo que cada día multiplica más y más sus prodigios.

En Turón (Asturias).—Hallándose mi esposa por espacio de cinco semanas con dolores de muelas muy agudos, le salió un flemón sin desaparecer el dolor, sobreviniéndole una fuerte calentura.

Acudí á San Antonio ofreciéndole una cantidad para el pan de los pobres si se curaba, y al momento desapareció el flemón y las calenturas.

Entrego lo ofrecido.

En Ontaneda (Santander).—Por haberse curado mi sobrino que se hallaba enfermo, y obtenido buenas notas en los exámenes, 2 pesetas.

En Mundaca (Vizcaya).—Te doy un millón de gracias ¡oh glorioso San Antonio! por haber encontrado entre el estiércol una cadena que perdí hace 5 meses.

Entrego gustosa los 10 reales prometidos.

En Ataun (Guipúzcoa).—Acostumbrada á recibir noticias dos veces al mes de mi hermano que se halla en Cuba, empecé á preocuparme y apurarme cuando, en tantos correos, no recibí carta de él. Recurrí al glorioso Taumaturgo, ofreciendo una peseta para el pan si me daba la dicha de saber noticias de mi hermano. Hoy cumplo gustosa mi pequeña oferta habiendo obtenido la gracia que le pedí.

—He tenido la dicha de saber que mi hermano ha sido destinado de coadjutor á un pueblo de esta provincia, por cuyo favor remito en sellos la pequeña limosna de 10 reales ofrecidos, más una peseta para el pan. Sigue intercediendo por nosotros y danos lo que más convenga en adelante para la salvación de nuestras almas.

En Cascante (Navarra).—Una madre agradecida por haber librado á su hijo de dos sorteos en 24 días, uno para Cuba y otro para Filipinas, manda 2 pesetas para el pan de los pobres.

Nos escriben de la provincia de Santander:

—«Ciertas gentes se conjuraron contra el Párroco de N... y con promesas, amenazas, etc. etc. lograron seducir é indisponer con él á muchos de sus feligreses para procurar, como lo hicieron, por todos los medios, sin reparar en nada, que ó se marchara ó se le quitara del pueblo. El Párroco acudió á San Antonio y puso en la mano de una imagen del Santo una cedulita pidiéndole remedio y favor, prometiendo cuatro duros para el pan de los pobres, publicar el favor y otras cosas espirituales, é hizo y encargó hacer los Trece Martes.

El Santo le favoreció muy cumplidamente: al poco tiempo tuvieron lugar ciertas cosas públicas muy favorables al buen nombre y reputación del Párroco, y poco después se le proporcionó repentinamente una impensada, buena y mejor colocación, con lo que dejó la parroquia con no poca envidia y humillación de quienes querían perderle. El mismo sacerdote en agradecimiento de otros favores que ha recibido posteriormente del santo, ha dado 10 pesetas y 60 panes á los pobres.»

—*Un devoto de San Antonio.*

En Lanestosa (Vizcaya).—Copiamos la siguiente papeleta:

—Por haber recobrado la salud un enfermo de gravedad, entrego las 2 pesetas que ofrecí á San Antonio para sus pobres.

En las otras papeletas no se especifica el favor alcanzado.

En Burgos.—Entre las muchas papeletas, aparecen las siguientes:

—Por haber librado, Santo mío, á un coronel de ir á Cuba, te doy la limosna de 100 pesetas para el pan de tus pobres.

—Te doy una peseta en acción de gracias, porque con solo invocar tu nombre al ir á cobrar una cuenta que creía un poco difícil, lo conseguí sin dificultad.

—Doy los dos reales que os ofrecí si salía bien de los exámenes un pariente mío. ¡Oh Santo bendito! espero que ya me concederéis la gracia que ahora os pide vuestra devota.—*M. P.*

—Ya ha llegado el momento, por fin, de ingresar en el convento gracias á tu poderosa intercesión y á todos los favores que me has alcanzado del Señor. Yo he cumplido todo lo que te ofrecí y entrego las dos pesetas para el pan de los pobres. Santo mío, no me abandones nunca y asisteme en todas las necesidades de mi vida.

—Te doy las gracias y 2 pesetas por haberme concedido la curación de mi padecimiento sin tener que llamar al médico, como yo deseaba.

—Porque me habéis concedido que encontrara dos ó tres cosas perdidas, te doy la limosna ofrecida. También te doy una peseta porque habéis quitado todas las dificultades para que entrara mi hermana donde Dios tenía preparado.

—Por haber conseguido la salud de una señora deposito la limosna de 40 reales.—*S. J. M.*

—Te ofrecí dos pesetas si me alcanzabas que me dieran alguna cantidad; eso no me lo has concedido, pero me has proporcionado que me perdonaran la mitad de lo que tenía que dar, y por ello te queda muy agradecida tu devota.

—Doy un real por haber conseguido trabajo para mi hijo.—*D. A.*

—Te ofrecí 20 pesetas si alcanzabas la salud de un enfermo; por haber tenido éste mejoría te doy las 20 pesetas para el pan de tus pobres.—*L. E. B.*

En Carrión de los Condes (Palencia).—He aquí algunas de las papeletas depositadas:

—Por haberme concedido la gracia de dar la salud á mi padre, os doy la peseta ofrecida.

—Ofrecí á San Antonio dos pesetas y una misa si conseguía colocación para mi hijo, y me la ha alcanzado.

—Habiendo saldado una cuenta satisfactoriamente por haberse disipado algunas dudas que ofrecía, deposito en el cepillo de San Antonio, según prometí, dos pesetas para que se diga una misa por el bien de las ánimas más necesitadas.

—Doy dos pesetas á San Antonio para el pan de los pobres por haber sanado á mi hijo de la erupción que venía padeciendo hace cinco meses. ¡Gracias, Santo glorioso!

En Llodio (Alava).—Transcribimos las siguientes papeletas de acción de gracias:

—Porque habéis alcanzado, como os pedí, un feliz viaje á nuestra hermana, os doy la peseta ofrecida.

—Porque me habéis alcanzado la gracia de que vuelva la hermana, os doy una peseta.—*Una devota.*

—He conseguido la salud como os pedía, y esperando me asistiréis

siempre como hasta aquí, os entrego los 5 reales prometidos.—*Una devota.*

En Guernica (Vizcaya).—Copiamos las siguientes papeletas:

—Os entrego los 30 reales por haber sanado á mi madre de una grave enfermedad.

—¡Santo admirable! ¡qué bien me oyes! Te pedí salud para mi niña y se la has concedido; el lunes te pedí un favor, y para la noche conseguí más de lo que te pedía; el viérnes te volví á suplicar otro favor especial y me lo has conseguido en seguida. Por las tres gracias, te doy gustosa 3 pesetas.

—Te doy 2 pesetas porque me has conseguido un empleo mejor que el que te pedí.

—Deposito los 25 céntimos porque me has socorrido en una grave necesidad.

—Entrego una peseta porque me ha conseguido el Santo una colocación que le pedí.

—Os doy la peseta ofrecida porque me habéis sanado de mi grave enfermedad.

En San Sebastián.—Os damos un millón de gracias, glorioso San Antonio, y 5 pesetas, en cumplimiento de nuestra promesa, para el pan de los pobres. Os prometimos participación de 50 céntimos en el billete número 28.587, de la lotería celebrada en Madrid el 30 de Septiembre de 1897; y habiendo sido premiado con 300 pesetas, os entregamos con gusto las 5 pesetas que os corresponden. Seguid protegiéndonos, Santo bendito.—*Una devota.*

(Se desea sea publicada esta gracia).

En Alfaro (Logroño).—Una persona piadosa nos comunica los siguientes prodigiosos favores obtenidos del glorioso Taumaturgo:

—Hacía cuatro años que una señora se había casado, y dos veces había tenido la desgracia de ver prematuramente malogrado el fruto de sus entrañas. Acudió á los facultativos, los cuales le dijeron que por la enfermedad que venía padeciendo le pasaría siempre lo mismo.

Cansada y desengañada de tomar medicinas, fué empeorando de día en día y llegó hasta el extremo de tener que llamar al confesor y prepararse para el último trance. El sacerdote, comprendiendo tan grave situación, aconseja á la paciente que recurra á San Antonio de Padua.

Acude entonces la enferma al Santo de los milagros haciéndole multitud de promesas, y ¡oh pasmo! se cura casi por completo, y sintiéndose de nuevo madre, con inmenso júbilo de su corazón, reitera confiada sus súplicas, sus promesas y ofrecimientos de limosnas en honor del Santo, y hoy es el día en que loca de contento cuenta á todo el mundo que el hijo que tiene en sus brazos es dón de San Antonio, tanto, que le ha puesto el nombre de Antonio.

Y no es ésto lo mejor. A los pocos días de nacer, el niño enferma gravísimamente; la afligida madre llama al médico; éste juzga que el caso es apurado y dice á la madre que irremisiblemente se queda sin hijo.

Entonces la pobre señora manda que lleven á su hijo á los pies de San Antonio y que le pidan le ponga bueno, ya que ella no tiene fuerzas para hacerlo.

En efecto, lo hacen así, y el niño se pone mejor aquella misma noche; y se halla tan sano y bueno, que pasma y maravilla á todos, los que le ven, sobre todo porque nadie le puede hacer llorar.

La agradecida madre ha cumplido sus promesas y muéstrase cada vez más ardiente devota de San Antonio.

—Otra señora de la misma ciudad de Alfaro hacía una porción de años que no sabía el paradero de dos de sus hijos, á los cuales creía probablemente en la eternidad. Pero habiendo oído hablar de los favores que San Antonio dispensa á sus devotos, empieza, por consejo del confesor, á hacer los Trece Martes.

El Santo quiso, sin duda, probar su fe y nada llegó á saber de sus queridos hijos; pero no por eso desmaya; vuelve á empezar los Trece Martes, y al llegar al noveno martes recibe una carta del mayor de sus hijos, diciéndole que estaba bueno y sanó, y dándole noticias del menor.

Desde entonces son varias las cartas que lleva recibidas.

—Una joven que se veía con bastante dificultad para frecuentar los Santos Sacramentos, á fin de satisfacer tan cristianos deseos, aprovecha la ocasión de que la persona que le impedía frecuentar la casa del Señor tenía una finca sin poderla arrendar hacía tiempo. Pídele la joven permiso para hacer al bendito San Antonio los Trece Martes con el fin de alcanzar que sea arrendada la referida finca.

Aunque no de muy buena gana le es concedido á la joven el solicitado permiso; y es de admirar que todavía no ha terminado el ejercicio de los Trece Martes, y la finca está arrendada.

—Veíase un joven tan atareado y abrumado por el exceso de trabajo, que apenas podía encontrar momento de descanso. No quería él molestar á su padre; y así pasaba como podía con gran quebranto de su salud.

En tales circunstancias busca el remedio en San Antonio, y hé aquí que, á poco de haberle invocado, el mismo padre cae en la cuenta y le dice: Desde hoy dejarás de trabajar tanto como lo has venido haciendo; y puesto que tus hermanos tienen también fuerza, justo es que te ayuden y trabajen juntamente contigo.

Dicho joven atribuye esto á San Antonio, y desea se publique en la Revista.

No acabaríamos en mucho tiempo (nos dice nuestro comunicante) si fuera á referir los mil y mil favores que ha hecho San Antonio á los hijos de Alfaro. La devoción crece cada día más y más y son muchas las personas que han hecho y hacen los Trece Martes.

En Tolosa (Guipúzcoa).—Copiamos algunas papeletas de acción de gracias:

—Deposito la peseta ofrecida si me encontrabáis una familia cristiana donde pudiera estudiar mi hijo, sólo, sin compañeros; y habiéndola encontrado mejor que lo que podía esperar, cumplo mi oferta haciéndolo publicar en la Revista; y os pido, glorioso Santo, sigáis protegiéndole, y os daré todos los meses la limosna ofrecida.—*Vuestra devota, R. C.*

—Me has dispensado la gracia que te pedía de realizar cuanto antes unos cobros que tenía mi hermano. Doy el real prometido para el pan de los pobres.—*Una devota.*

—Por haber llegado bien mi hermano de Buenos Aires, cumplo la oferta depositando los 2 reales.—*Una devota, J. J.*

—Deposito en los cepillos las 2 pesetas que te ofrecí implorando la salud.—*Tu devota, M. L.*

—Os doy mil gracias por los tres favores que os pedía; primero, después de estar mala durante los 8 meses de embarazo, dar á luz con toda felicidad; segundo, ponerme buena por completo de la dolencia que padecía, y, tercero, haberme alcanzado el empleo para mi marido. Entrego muy agradecida una peseta para el pan de los pobres.—*M. L. V.*

—Doy la peseta que ofrecí por haberse curado mi hermana, quedando muy agradecida por un favor tan grande como he alcanzado por mediación del poderoso San Antonio.

—Os doy las gracias por haberme concedido la gracia de que mi hermano haya concluido el bachillerato.—*M.*

En Miranda de Ebro (Burgos).—Entresacamos las siguientes papeletas:

—Encontrándome en situación muy apurada, os pedí me sacaseis de ella. Escribí una carta para que una persona me remediase, y el martes me remedió más de lo que yo esperaba. Os ofrecí una peseta para el pan de los pobres, y una Misa por las ánimas del Purgatorio.

—Doy una peseta á San Antonio para el pan de los pobres por haber curado la garganta á una persona de mi familia.

—Te ofrecí una peseta si arrendaba la habitación, y habiéndolo conseguido te doy la limosna.

—Encontrándome gravemente enferma, y mi hijo al mismo tiempo, os ofrecí diez pesetas por mí y una por mi hijo. Las deposito y os doy mil gracias.—*Vuestra devota, I. P.*

—Te doy la peseta que te ofrecí si la niña no tenía malas consecuencias del golpe que recibió.

—Por haberme concedido un feliz alumbramiento deposito los diez reales que os ofrecí.—*D. M.*

—Os ofrecí una peseta para el pan de los pobres y cincuenta céntimos para las ánimas del Purgatorio si curábais á mi hija de la vista; y como lo he conseguido, os doy la limosna.—*Marcelina.*

—Por el buen éxito en los exámenes, te doy la peseta que ofrecí.—*C. I.*

En Olite (Navarra).—Un estudiante se dirigió al Santo en esta forma:

«Glorioso San Antonio: si me alcanzáis la gracia de *aprobado* en los dos exámenes que en breve voy á sufrir, os prometo dar para el pan de los pobres la cantidad de dos pesetas, unidas á las tres que por análogos favores os debo.»

El resultado ha sido satisfactorio, pues el referido estudiante logró revalidarse en las asignaturas del Bachillerato, y actualmente está ya cursando en Zaragoza los estudios de Medicina.

En Fuenterrabía (Guipúzcoa).—Transcribimos algunas de las papeletas depositadas en los cepillos del pan de los pobres:

—Según os prometí, Santo bendito, os entrego una peseta por haberme evitado gastos y disgustos en un asunto enojoso.—*Un devoto.*

—Nos trajisteis la paz á la familia, y os damos la ofrecida limosna de dos pesetas.

—Deposito las cinco pesetas que te ofrecí, por no haber resultado tan grave enfermedad como creía; y como te pedí que así resultara, no dudo que es favor conseguido por tu intercesión.—*Una devota.*

En Begoña (Vizcaya).—Te doy las cinco pesetas ofrecidas por haber encontrado el dinero que se me perdió.—*I.*

—Ofrecí cinco pesetas si el milagroso Santo me libraba de una enfermedad contagiosa desarrollada con bastante fuerza en la casa donde habitaba, y he salido libre del contagio.—Arboleda 9 de Septiembre del 97.—*J. P.*

—Te ofrecí dos reales el primer día de la novena si mi sobrina se curaba del mal de ojos; y como está bien, los deposito.

—Porque conseguí del Señor que me librara de un grave conflicto, os doy las gracias y cinco pesetas.

—Os entrego la peseta que os ofrecí si conseguía aprobar las dos asignaturas de que tenía que examinarme.—*L.*

—Os doy los cinco céntimos ofrecidos por haber encontrado la sortija.

—Deposito los cinco céntimos por haberme curado de la enfermedad de la nariz.

—Entrego dos reales por haber salido bien de los exámenes mi hijo. El favorecido entrega una peseta.

—Por haber obtenido de San Antonio recursos para una familia, doy las dos pesetas.—*E. H.*

—Te doy los veinte reales que te ofrecí para alivio de un alma.

En Medina de Pomar (Burgos).—Nos suplican la inserción de las siguientes gracias otorgadas por San Antonio:

—Un niño de corta edad se hallaba enfermo, desahuciado completamente por la ciencia, pero no por la fe de sus padres, y éstos ofrecieron ponerle el hábito de San Antonio si mejoraba; á los pocos días sanó, y hoy cumplen la promesa dando las gracias al Santo.

—Un joven que por grave enfermedad no podía continuar sus estudios, hizo una oferta al Santo y pronto recobró la salud con asombro de los médicos, y hoy viste la sotana preparándose para ser sacerdote.

En Orihuela (Alicante).—De esta población nos escribe un Reverendo P. Capuchino:

«Siendo por santa obediencia trasladado del convento de Santa María Magdalena al que tenemos en Orihuela, traía yo colocados en un cajoncito mis pocos trabajos mentales, algunos libros necesarios á mi ministerio, y otras cositas imprescindibles que nos son permitidas llevar. Como el cajón debía ser facturado, lo entregué á un mozo de confianza para que así lo hiciera.

Por una de esas causas imprevistas é inexplicables, y en medio de aquella *semi-Babilonia* de gentío, desapareció el cajón, sin fraude ni malicia (á mi parecer) del mozo á quien se le confié.

Hice el viaje; y después de ocho días, cuando daba por completamente perdido el cajón, á instancia de mi hermano el corista Fr. P. de B., encomendamos muy de veras el asunto á San Antonio, con la plena confianza de que el bendito Santo lo había de hallar y traerlo al convento.

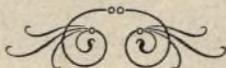
No omití las diligencias necesarias y ofrecí al Santo una Misa en sufragio de las almas de sus más fieles devotos.

¡Cosa prodigiosa! A los pocos días de hacer esto, recibí de un pariente mío una carta en que me incluía un talón, y oportunamente llegó el referido cajón.

Dí las gracias á Dios y á San Antonio, celebrando la Misa en su mismo altar y ante su preciosa imagen, que con singular devoción se venera en nuestra Iglesia de Capuchinos de Orihuela.

En Carranza (Vizcaya).—Se ha registrado la siguiente papeleta especificando el favor obtenido:

—Entrego 2 pesetas por haber recobrado la salud una persona por quien me interesaba; y doy otra peseta por no haber tenido novedad otra persona á consecuencia del gran susto que recibió, y por haberse aclarado las cosas.



CRÓNICA ANTONIANA

Requena (Palencia).—Con satisfacción vemos que la Obra del *Pan de los Pobres* sigue progresando, gracias á Dios.

En este pueblo se han establecido los cepillos en el Asilo de Ancianos Desamparados, y nos prometemos que la devoción al glorioso San Antonio ha de producir abundantísimos frutos.

San Sebastián.—En la capital donostiarra se hallan establecidos los cepillos en las tres parroquias, en las Hermanitas de los Pobres y en las Oblatas. En todos estos puntos se colectan bastantes limosnas.

En las parroquias de Santa María y San Vicente se celebran con extraordinaria solemnidad los piadosos ejercicios de los Trece Martes.

Calella (Barcelona).—Nos escribe un celoso antoniano, con fecha 18 de Octubre:

«Enamorado del fin que se propone esa Revista, deseo establecer la Obra del *Pan de los Pobres* en la semana próxima aprovechando el novenario de ánimas que celebra esta iglesia parroquial y en la que predicará un fervoroso P. Capuchino.

Cuento con el beneplácito del Prelado y la aprobación del R. Cura Párroco.»

Mucho celebraremos que el pueblo de Calella dé nuevas muestras de su acendrada piedad.

Olite (Navarra).—Por lo que nos escriben de este pueblo vemos con singular gozo que la devoción al glorioso Taumaturgo sigue en aumento. Los pobres han podido experimentar los copiosos frutos de la hermosa Obra *El Pan de los Pobres*.

Agramunt (Lérida) 24 de Octubre de 1897.—El domingo, 10 de Octubre, se verificó en el altar de San Antonio de esta iglesia parroquial la inauguración de los cepillos de la Obra *El Pan de los Pobres*, con el beneplácito del Emmo. Cardenal Dr. Casañas.

Por la tarde, después del Santo Rosario, el Sr. Director del Sagrado Corazón de Jesús explicó minuciosamente á los fieles el fin de tan hermosa Obra, exhortándoles á tener la más firme esperanza en el Santo de todo el mundo.

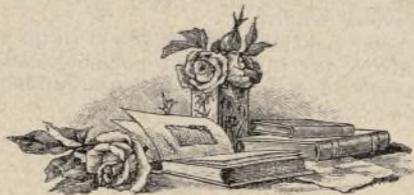
Terminó el religioso acto con fervorosas súplicas al Santo.

La Junta de la Obra quedó constituida de este modo:

Presidente, Rdo. D. Ramón Aldabó.—*Tesorero*, Rdo. D. José Barbé.—*Secretario*, D. Ramón Bonet y Batallá.

Se han hecho numerosas peticiones y se han alcanzado algunas gracias.

Felicitamos con entusiasmo á los fervorosos antonianos de Agramunt.



LOS CEPILLOS

EN BILBAO

(SEGUNDO AÑO DE LA OBRA)

COLECTACIÓN

1897		Suma anterior.	Pesetas 31.718,59
Octubre	5.	921,54
»	12.	1.009,54
»	19.	779,20
»	26.	616,48
Noviembre	2.	1.219,62
			» 4.546,38
		Total.	<u>Pesetas 36.264,97</u>

DISTRIBUCIÓN

1897		Suma anterior.	Pesetas 31.604,30
Octubre	6.	A las Hermanitas de los Pobres, para sus ancianos asilados	Ptas. 600
»	»	Al Hospital de Begoña, para sus enfermos y asilados	» 400
»	13.	A los Sres. Curas Párrocos de Santiago, San Antonio Abad, Santos Juanes, San Nicolás y San Vicente, para los pobres de su parroquia	» 1.000
»	20.	A las Religiosas Adoratrices de Begoña, para sus recogidas	» 400
»	»	A la Comunidad de Santa Clara de Begoña, para su manuten- ción	» 400
Noviembre	3.	A la Comunidad del Refugio de Begoña, para sus recogidas	» 580
»	»	A las Hermanitas de los Pobres, para sus ancianos y asilados. Raciones de pan, alubias y to- cino repartidas á los pobres, por encargo de la Junta, por los RR. PP. Capuchinos de Basurto	» 699,65
			» 4.659,65
		Total.	<u>Pesetas 36.263,95</u>

EN CARRION DE LOS CONDES (PALENCIA)

Durante el próximo pasado trimestre se han colectado en los cepillos pesetas 174,77 para el pan de los pobres. Se han distribuido por las Conferencias de San Vicente, y el resto para la Cocina económica.

EN CIUDAD REAL

Desde el 5 de Enero de 1896 hasta fines del último Septiembre de 1897 se han recogido pesetas 261,36, de las cuales se han repartido entre 62 familias, enfermos y necesitados 206,75 pesetas, quedando de existencia 54,61.

EN LANESTOSA (VIZCAYA)

Se colectaron: El 13 de Septiembre, pesetas 72,40; el 13 de Octubre, 71,27.—
Total, pesetas 143,37.

EN BURGOS

Se ha colectado: En los cepillos de Santa Agueda, pesetas 347,90.—Para el culto del Santo, 27.—En los cepillos de Santa Clara, 20,67.—*Total*, pesetas 395,57.

EN LLODIO (ÁLAVA)

Abiertos los cepillos el 5 del pasado mes de Octubre, se recogieron pesetas 83,60, y 8 para el culto.

EN TOLOSA (GUIPÚZCOA)

Desde el 14 de Septiembre hasta el 30 del mismo mes se colectaron en el cepillo pesetas 168,50, y desde el 30 de Septiembre hasta el 13 de Octubre 112,50.

EN ALFARO (LOGROÑO)

En Septiembre se abrieron los cepillos, recogiéndose en ellos la cantidad de 400 pesetas.

EN MIRANDA DE EBRO (BURGOS)

Hé aquí el estado en que se encuentra tan hermosa obra en esta población: **COLECTACIÓN:** En 5 de Octubre, pesetas 24,35.—En 19 de idem, 33,25.—*Total*, pesetas 57,60.

DISTRIBUCIÓN: Repartido á los pobres en 152 libras de pan, pesetas 24,35.—Por segunda vez en 145 libras, 23,25.—Entregado á las Siervas del Hospital para llevar una niña huérfana al Asilo de Recogidas, 10.—*Total*, pesetas 57,60.

EN FUENTERRABÍA (GUIPÚZCOA)

Durante los meses de Septiembre y Octubre se ha colectado la suma de pesetas 174,01, que en pan, carne, alubias, bacalao, etc., etc., se han repartido entre los pobres del pueblo, Santo Hospital y limosnas dadas por el Convento de PP. Capuchinos.

EN BEGOÑA (VIZCAYA)

Se han colectado en los cepillos del pan de los pobres en Santa Maria de Begoña las siguientes cantidades: 5 de Octubre, pesetas 41,42.—12 de idem, 47,91.—19 de idem, 75,50.—26 de idem, 58,21.—*Total*, pesetas 223,04.

Dichas cantidades han sido distribuidas por el Sr. Cura Párroco entre los pobres de su feligresía.

EN CARRANZA (VIZCAYA)

El día 13 de Octubre se abrieron los cepillos, colectándose pesetas 19,75.

De esta cantidad se destinaron 10 pesetas al Santo Hospital del Valle y el resto quedó en poder del tesorero.

ALMANAQUE SERÁFICO-ANTONIANO PARA 1898

La Voz de San Antonio, excelente y bien escrita Revista que ve la luz pública en Loreto—Villanueva de Ariscal—(Sevilla), ha publicado un *almanaque seráfico-antoniano* para el próximo año.

El referido almanaque tiene por objeto fomentar la Pia-Unión, el Pan de los Pobres y las innumerables gracias concedidas á los Terciarios franciscanos.

Además de consagrar importantes escritos (en honor de Maria y de San Antonio) contiene amenas lecturas, máximas, cuentos y anécdotas, etc., etc.

Se suplica con todo encarecimiento á los directores y centros de la Pia-Unión, Pan de los Pobres y encargados de la V. O. T. den á conocer tan provechoso como instructivo *almanaque*.

Nosotros se lo recomendamos encarecidamente á nuestros lectores.

Puede adquirirse en la administración de esta Revista EL PAN DE LOS POBRES á 0,25 céntimos ejemplar.